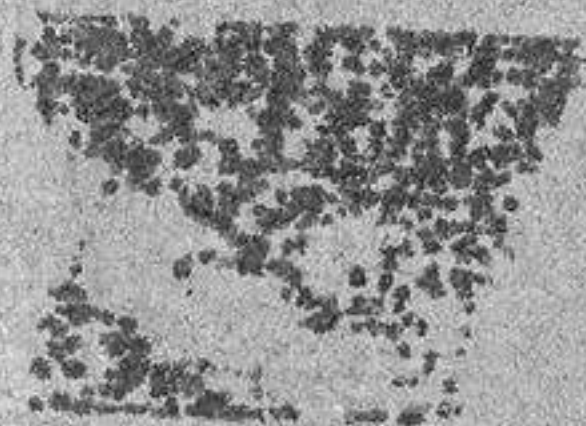


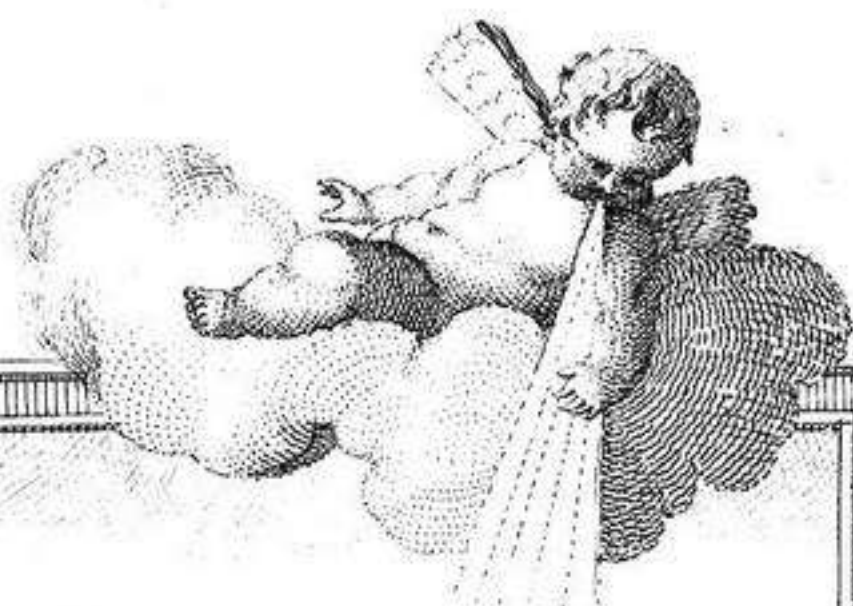
~~1004~~
1004



~~1004~~

~~10.405~~

R 344024



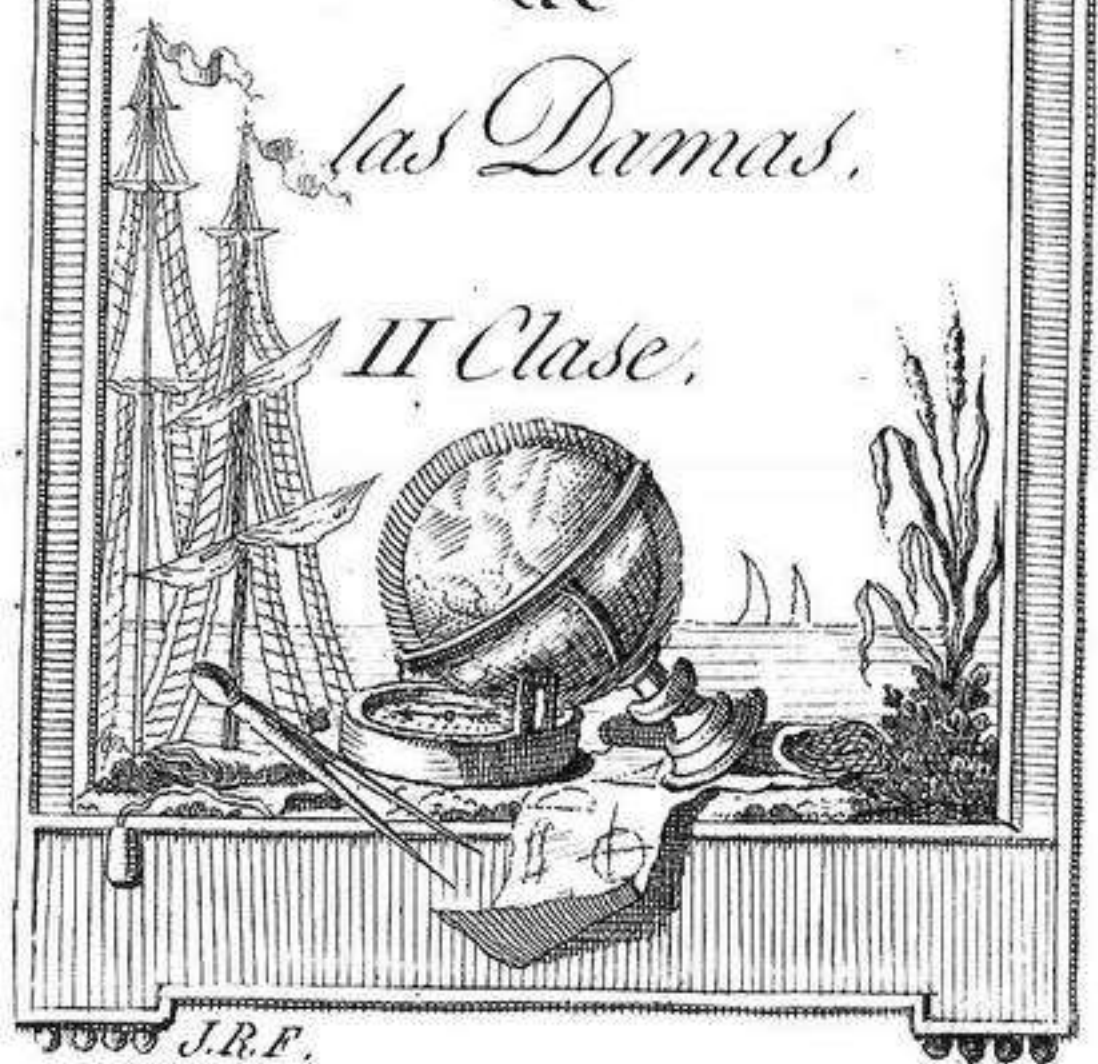
BIBLIOTECA

Selectas

de

las Damas.

II Clase.



2



BIBLIOTECA SELECTA
DE LAS DAMAS.

TOMO QUINTO.

SEGUNDA CLASE.

GEOGRAFIA Y VIAGES.

1. Introdução

2. Objetivos

3. Metodologia

4. Resultados e Discussão

ELECCION
DE VIAGES MODERNOS,
QUE CONTIENE

**LOS SUCECOS MAS UTILES Y AGRA-
DABLES, RELATIVOS A LAS EX-
PEDICIONES Y PRINCIPALES DES-
CUBRIMIENTOS, HECHOS AL RE-
DEDOR DEL MUNDO, Y LA DES-
CRIPCION DE LOS USOS Y COS-
TUMBRES DE LOS PUEBLOS.**

TOMO SEGUNDO.



MADRID.

EN LA IMPRENTA DE REPULLÉS.

1806.



ELECCION
DE VIAGES MODERNOS.

CAPITULO I.

*Viage de Juan Francisco
Gemelli.*



Nació Gemelli en Nápoles, donde exerció la abogacía. Despues de una enfermedad y algunos disgustos con su familia, se dió á viajar en 1692, á fin de restablecer su salud, y satisfacer

la curiosidad que le predominaba , y que le hizo dar la vuelta al rededor del mundo con un aliento y constancia increíble. Su honradez era igual á su valor ; y su veracidad , poco comun en los viageros , era tan natural y sencilla , que si acaso faltó alguna vez á ella fué por haber creído con demasiada ligereza lo que le decian algunas personas crédulas ; sin embargo era muy exâcto en todo lo que observaba por sí mismo.

Despues de haber visitado las Cortes del Gran Señor , del Sofí de Persia , del Gran Mogol , y del Emperador de la China , se embarcó Gemelli en Manila para Aca-

pulco. Un navío español hacia anualmente este viage molesto y penoso; pues esta ruta era en aquellos tiempos desconocida de casi todos los europeos.

CAPITULO II.

De Ispahan, y de las ruinas del palacio de Darío.

Quando los reyes de Persia tenían su corte en Casbin, y en Sultania, era Ispahan una corta aldea; pero desde que Xabbas, atraído de la fertilidad de su territorio, que riegan varios canales extraídos del rio Sanderouú, trasladó á ella la corte, lle-

gó esta Capital á verse prontamente en el mas alto grado de esplendor y de grandeza.

La salubridad de sus ayres, y las ventajas que logra allí el comercio, han contribuido tanto á la poblacion de Ispahan, que se la llama *la mitad del mundo*, y no sin fundamento, ya por la variedad de las lenguas que allí se hablan, ya por la riqueza prodigiosa de sus lonjas y almacenes, siempre llenos de toda especie de mercancías.

Como hay tantos que prefieren las ruinas del palacio de Darío á las de la antigua Roma, ó de la Grecia, y aun á las pirámides de Egipto, ó

á los monumentos del grande Alexandro, no podia dexar Gemelli de pasar á verlas.

Estas soberbias ruinas estan al pie de un alto monte, delante del qual hay una llanura de treinta millas de largo, y unas veinte de ancho. Aquí se dice que estaba la famosa Persépolis. La fachada de este edificio tiene al oeste cien pasos de largo, quatrocientos al norte, y doscientos cincuenta al mediodia. La montaña le sirve de muralla por el lado del este. Por lo que resulta de sus dimensiones, su forma es irregular. A ciertas distancias, y por cada lado está flanqueado con unos ángulos, pues-

tos con simetría, como unos medios baluartes. Las piedras de su construcción son de una mole soberbia.

Los muros del primer cuerpo, que se conservan aun, están embutidos de mármol negro, y tienen por algunos parages hasta unos treinta pies de alto.

Sobre el exterior del muro del lado del mediodía se ve grabada una inscripción en un espacio liso, con unos caracteres que hasta ahora nadie ha sabido leer.

La escalera principal del palacio está á la izquierda: tiene dos derrames, con una pared á un lado, y balaustres al otro, del mismo mármol. Hay á lo último de ella

un descanso tan ancho como la misma escalera, y se entra despues en otro que conduce al primer piso. Es de construccion magnífica en todo, porque tiene treinta pies de ancho, y está tan suave la baxada, que hay que subir noventa y cinco escalones para la altura de veinte y dos pies geométricos. El marmol de que están contruidos es de un hermoso negro, y tan fuerte, que á pesar de tantos siglos como se han pasado desde que se hicieron, está aun entero, resistiendo las intemperies.

Desde este descansillo se pasa á un pórtico de marmol blanco de unos veinte pies de ancho. La parte inferior

de la cornisa se ha caído ya; pero parece, según las columnas que la sostienen, que no se hallaría en las ruinas de Roma una cosa equivalente con que poder compararla.

Por qualquiera parte del segundo cuerpo que se mire se ven todavía algunos bajos relieves del mayor primor: sus labores son las de algunos hombres luchando con leones, soberanos sobre sus carros de triunfo, con un numerosísimo acompañamiento, &c.

En medio del palacio está el anfiteatro donde se tenían los espectáculos, y particularmente el de la lucha de fieras. Allí se ven también

muchos baxos relieves que representan hombres en caza, y varios príncipes sentados con cetro en la mano, ó paseándose con quitasoles.

Ademas del mérito del dibuxo y execucion de todas estas figuras, es tambien muy digna de notarse la variedad de sus trages. Unas tienen barba larga hasta la cintura, y por otra parte los cabellos tan cortos que no pasan de la nuca: otras llevan en su cabeza un sombrero chato y redondo, y su ropage, que es semejante al de los Senadores, ancho y guarnecido de franjas, llega hasta los talones. Otras no se diferencian de estas figuras, sino en los ojos que los tienen colocados

mas altos. Pero lo que hay allí mas raro es , que entre tantos millares de figuras ni una sola hay de muger , y que el marmol donde están se ha conservado mas de dos mil años sin el menor desgaste ; brilla en el dia como si acabara de pulirse.

Subiendo como á un tiro de fusil , hácia la montaña, se presenta una fachada de treinta pies quadrados , fundada en el mismo peñasco, con figuras de marmol blanco al pie de su frontispicio. Han cortado un arco grande en que hay dos sepulcros abiertos en la piedra , que tienen unas siete varas de largo , y tres de ancho. Allí se cree que se escondió el te-

soro real. Mas allá, como á unas cien varas de distancia, hay otra fachada adornada con figuras semejantes á las primeras, con otro arco uniforme; y á los cien pasos del palacio, á la parte del mediodia, hay una columna que sale de la misma roca.

Algunos sábios han creído que estas ruinas eran las de un famoso templo que hizo construir Asuero. Otros dicen que este era el palacio de Darío; pero esta tradicion es tan antigua, que no pueden decir de qual de los príncipes de este nombre sea este palacio. Aunque los escritores mas antiguos no hayan hablado de la magnificencia de Persé-

polis, debe creerse por lo que aseguran los viajeros modernos, que compitió en grandeza con las famosas ciudades de Babilonia y Nínive; pero como por su situación hácia el este, está tan distante de la Europa, los viajeros de esta parte del mundo han tenido pocas veces la ocasion de exâminarla, ni lo han procurado hacer á causa de que antiguamente no la conocian sus historiadores. La misma suerte han tenido otras ciudades como las de Ménfis, y Tébas, en Egipto, de las quales, aunque célebres por su grandeza y antigüedad, tenemos muy cortas noticias.

No puede ponerse en

duda que la antigua Persépolis haya existido en este parage, si se consideran las ruinas de estos edificios, y la proximidad del Aráxes, rio que hoy se llama Bendamir, junto al qual la colocaron los antiguos. Si los europeos frecuentáran esta tierra, sin duda pensarían que su magnífico esplendor no podia desmerecer la atención de los mayores soberanos. No solamente la mirarían como una de las siete maravillas del mundo, sino que confesarían que no hay ni ha habido cosa que se pueda comparar con ella.

CAPITULO III.

*Viage del capitan Rogers.
Descripcion del Brasil y
del rio de las Amazonas.*

Entre todas las ciudades de Inglaterra, tal vez es Bristol la que ha manifestado siempre mas anhelo por descubrir paises desconocidos, y por hacer florecer el comercio. Por lo mismo la fortuna, aunque se dice que es ciega, ha favorecido la industria de sus naturales, y ha correspondido con su opulencia á sus fatigas.

Entre todos los navíos equipados por esta misma ciudad para buscar aventuras, hay muy pocos que hayan hecho un viage tan digno de admiracion, como los llamados *el Duque y la Duquesa*, que una compañía de comerciantes despachó para que cruzasen por el mar del Sur, á las órdenes de los marinos mas hábiles.

A Woodes Rogers se le dió el mando del *Duque y la* direccion de la empresa. El Capitan William Dampier, que habia ya hecho dos viages al rededor del mundo, y tres al mar del Sur, fué en este navío de piloto. Tomás Dover, mé-

dico hábil y de mucho talento, fué nombrado por su segundo Capitan. Los Capitanes del navío la *Duquesa* fuéron Sebastian Courteney y Eduardo Cook.

Los equipages ó tripulacion de los dos buques eran de diferentes naciones, como tambien los varios artifices, que llegaban al número de treinta y tres.

El 1 de Agosto de 1708 partiéron de Kingroad, y el 5 al medio día ancláron junto á Kinsales.

El 10 de Septiembre, como á las tres de la tarde, despues de una caza de nueve horas abordáron un navío sueco, que arrió bandera, habiendo sufrido ántes dos

andanadas. Unas palabras que se escapáron á algunos de ellos, medio embriagados, hiciéron creer que iba cargado el navío de contrabando. Pero habiendo tomado una rigurosa declaracion al capitan y otras personas de la tripulacion, se vió que iba muy en órden; de modo que se le dexó continuar su ruta, sin llegar á su cargazon.

El 26 de Septiembre pasáron nuestros dos navíos el Tropico, donde segun costumbre chapuzáron hasta tres veces en el mar á unas sesenta personas de la tripulacion que nunca habian viajado por allí. Los que quisiéron li-

brarse de esta molestia, tuvieron que contribuir á la gente de la tripulacion con medio duro.

El 24 de Octubre diéron vista al Brasil, y el 18 echáron áncclas á la entrada de la isla Grande.

El dia 27 los capitanes Rogers, Curtney y otros oficiales, tomáron tierra en Angre-de-Reis, para ver una procesion de nuestra Señora. El Gobernador portugués los recibió con la mayor urbanidad, y les pidió la música de sus navios para que asistiese á la funcion de Iglesia. Toda ella consistia en dos clarinetes y un oboe, que supliéron el órgano. Quando la procesion salió

de la Iglesia, los músicos iban delante. Habia ó se llevaba en en ella una imágen de nuestra Señora, llena de flores, rodeada de luces, y puesta en andas que llevaban los mayordomos. Los protestantes viéron que se aumentaba el acompañamiento, con un grande número de religiosos y clérigos, á los que presidian, pues iban los últimos, el guardian del Convento, los capitanes Rogers y Curtney, y los demas oficiales de los buques, cada qual con su vela en la mano. Los sacerdotes mas jóvenes, los Señores de justicia, todos con luces, cerraban la procesion. Despues de esta hu-

bo una gran fiesta en el convento, y otra en casa del Gobernador.

Este pais toma su nombre de la madera de que abunda, y cuyo color parece de bronce. En el norte del Brasil, y casi baxo el equiador, es el clima muy cálido, tempestuoso y mal sano, sujeto á muchas lluvias, y á unos vientos muy varios, con particularidad por el tiempo de los equinocios. Entónces cae un diluvio de agua, y las tempestades y uracanes son tan continuos, que se inunda toda aquella tierra. Pero al medio dia, mas allá del Tropico de Capricornio, no hay en el mundo un pais, don-

de sea el ayre mas sereno, ni mas sano, templado por una parte, con los vientos suaves que vienen del oceano, y por otra, con los de las montañas.

La tierra próxima á la costa, está algo baxa, llena de prados y alamedas, y ofrece una agradable perspectiva. En lo interior, á la parte del oeste, hay unas montañas altas, de donde salen varios grandes ríos, que van á desaguar á los de las Amazonas, y de la Plata.

No hay seguramente en el mundo otro rio mayor que el de las Amazonas. Ha tomado su nombre de una raza de mugeres arrogantes, y guerreras, que se supone

Tomo V.

B



que habitan por las riberas de este rio. Pero por las pesquisas exâctísimas que se han hecho , puede tenerse por una fábula la historia de estas temibles heroínas , y mirarse como una invencion de los naturales de esta tierra , para impedir á los españoles que se internaran mas por allí. Este rio tiene su nacimiento al pie de unas montañas , á las ocho ó diez leguas hácia el este , de Quito , en el Perú. Despues de haber atravesado sus aguas unas mil y ochocientas leguas , entran por veinte y quatro bocas en el océano Atlantico.

Los habitantes del Bra-

sil, como todos los de los climas meridionales, se dexan llevar mas de los aparatos del luxo y de magnificencia, que de los atractivos de una sociedad ingénuu, ni de los regalos de la mesa.

Quando los ricos salen de sus casas, se hacen llevar en una especie de andas llamadas *serpentinu*. Este trono de la pereza tiene dos barras de bambú de unos catorce pies de largo, que llevan en hombros los negros. Por lo regular las camillas de esta especie son azules con franjas del mismo color. Aquí yace el voluptuoso Brasileño, sobre un almoadon de terciopelo,

puesto debaxo del cielo de una cama, y rodeado de cortinas, quien con su cabeza levantada, ó apoyada sobre el almoadon, se oculta ó se dexa ver; duerme ó saluda á los amigos que encuentra; pues tienen la costumbre de pararse así en las calles para ostentar mas su orgullo, hablar y entretenerse como si fuesen unos soberanos que tratáran los asuntos de mayor importancia desde lo alto de sus tronos.

El puerto de san Salvador, capital del Brasil, es bueno, vasto y cómodo. Está construido sobre un peñon escarpado y alto; tiene el mar por un lado y por

otro un lago que le rodea casi enteramente, y tan de cerca que casi toca al mar. La ciudad es magnífica, bien poblada, y la mas rica y agradable de todo el Brasil.

El comercio de esta region se hallaba muy á los principios, quando el capitán Rogers llegó á ella; pero despues se ha aumentado, y cada año prospera mas. No debe admirarse esto: los portugueses pueden adquirirse esclavos para sus labores, á ménos precio que las otras potencias, que tienen establecimientos en América, porque son los únicos que tienen colonias en Africa, de donde sacan anualmente quarenta á cincuenta mil

negros , cuya venta ó productos cargan las flotas del Brasil para Europa. Se necesita incluir en estos cargamentos unas ciento treinta mil libras esterlinas de diamantes, por lo ménos. Se podrá formar idea de la riqueza de este comercio , si se añade á esto el azucar, el tabaco , las pieles , y producciones , cuyo uso es correspondiente á la medicina y manufacturas : objetos todos preciosos, de los que consume Portugal cierta parte, y lo demas se vende á las otras potencias de la Europa.

Los principales géneros que llevan allá los navios europeos no equivalen á la quindécima parte del pro-

ducto de Portugal. Por lo comun consisten en lanas trabajadas, de toda especie, que la Inglaterra, Francia y Holanda envian allá; en telas y blondas de Holanda, de Francia y de Alemania; en sedas de Francia y de Italia; la Inglaterra lleva tambien medias de hilo y seda, sombreros, plomo, ojadela-ta, estaño, hierro, cobre, y toda suerte de herramientas, como tambien pescado salado, vaca, harina y queso. La España la provee de aceites; Portugal nó transporta allá mas que sus vinos y algunas frutas. La Inglaterra es ahora la que mas se interesa en el comercio de Portugal, tanto por lo

que aquí se consume, como por los objetos que faltan al Brasil. Sin embargo la Francia en esta parte de comercio, como en otros muchos ramos, quiere competir con Inglaterra.

Los portugueses poseian ya el Brasil, mucho ántes que se descubriesen las minas de oro y de diamantes, que han hecho despues este pais tan importante. La bahia de todos los Santos es el punto de reunion de sus flotas. En los meses de Mayo y Junio se ven allí juntos mas de cien navios que se dan á la vela para Europa, con un cargamento que no es inferior al de la flota y galeones de España. Se

regula en quatro millones de libras esterlinas, ó trescientos sesenta millones de reales vellon el oro solo del qual se acuña en América mucha parte.

CAPITULO IV.

Historia de Alexandro Selkirk.

El capitan Rogers arribó á la isla de Juan Fernandez el 21 de Enero de 1709. Al dia siguiente, el capitan Dover tomó la pinaza con intencion de plantarse en la costa con la gente de la lancha. Habiendo alcanzado á ver una grande hoguera en la isla, temió

caer en manos de algunos enemigos , y se volvió al navio.

El 2 de Febrero se presentaron los dos navios para desembarcar en la playa. En efecto despues de haber registrado bien la costa, viéron que no habia ningun buque en la bahia ; el capitán Dover y M. Frye se aventuráron á acercarse con seis hombres armados en la lancha. Como esta no volvia, la siguió la pinaza con bastante número de gentes. Por la tarde volviéron una y otra , y traxéron un hombre vestido de pieles que parecia enteramente salvage.

El se manifestó muy alegre de verse á bordo del na-

vio; pero habia olvidado en un todo su lengua materna, y apénas podia hacerse entender; no articulaba mas que la mitad de las palabras. Sin embargo, de allí á algunos dias empezó á hablar, é hizo creer que su silencio era involuntario. En efecto habia pasado mas de quatro años en esta isla sin ver una criatura humana con quien poder hablar, y habia perdido el uso de la palabra. Como no habia bebido mas que agua, ni habia tenido sino unos alimentos insípidos, estuvo algun tiempo sin poderse acostúmbra á los del navio.

Este escocés era natural de Largo, del condado de

Fisa, y se llamaba Alexandro Serkirk. El capitán, que le habia conocido anteriormente, dixo que era un excelente marino, y por los informes de Dampier, se le hizo contramaestre del navio el *Duque*.

Alexandro habia sido del número de la tripulacion de un navio llamado los *Cinco Puertos*, mandado por un tal Stradling, con quien habiendo tenido algunas desavenencias, le abandonó en esta isla. Le dexó un fusil, una libra de pólvora, balas, un cuchillo, una hacha, un perol, una biblia, y otro par de libros, con un poco de tabaco, &c.

Separado de todo el mun-

do en este desierto, se vió sumergido en el terror y la tristeza; pero el tiempo, que es el sánalo todo, le fué haciendo su soledad mas llevadera, y ya que su espíritu se calmó algun tanto, se habia hecho dos cabañas, la una le servia de cocina, y la otra de quarto, donde comia y dormia. Las habia construido con madera de pimienta, la que tambien le suministraba lumbre y luz, pues da una grande claridad, y ademas muy buen olor. Los juncos y otras plantas largas sirviéron para el techo, y las pieles de cabra eran los tapices. Habia muerto hasta quinientas de ellas, durante su

mansion en esta isla, y habia cogido otras tantas mas, á las que volvió su libertad, despues de haberlas señalado en una oreja, rajándosela.

Quando se le acabó la pólvora las cogia á carrera, en lo que se hizo tan diestro, que ninguna corria mas que él. El capitán Rogers nos refiere que miéntras su tripulacion estuvo junto á esta isla, salia Selkirk con los perros para cazar cabras, y que siempre las alcanzaba, y llegaba á cansarlas.

Quando se gastáron sus vestidos se los hizo de pellejo de cabra. Con un clavo se hacia unos ojetes, por donde metia cordones ó agujer-

tas, y quedaba hecho su vestido. Como tenia una pieza de lienzo, se hizo de ella una especie de camisa, que cosió con una espina de pescado, y con hilo de estambre que sacó de sus medias. Al cabo de un mes se encontró ya sin zapatos; pero sus pies fuéron con el tiempo formando callos, tanto, que no podia despues gastarlos sin que se le hincháran.

En su vuelta á Inglaterra se le aconsejó que publicase impresa su vida y sus aventuras: se dice que con tal intencion entregó sus papeles á Daniel Defoe; pero este escritor que tenia una imaginacion muy viva, se sirvió de estos materiales pa-

ra transformar al pobre Alejandro Selkirk en Robinson-Crusoe; de modo, que debe la Europa esta obra célebre á la idea que le diéron estas memorias, cuyo autor propio no sacó ninguna utilidad.

El clima de la isla de Juan Fernandez es tan excelente, que los árboles conservan la hoja todo el año. El invierno no se siente mas que en los meses de Junio y Julio, y aun esto con poco hielo, con algo de granizo, y algunas lluvias. El calor es tambien muy templado. Rara vez true-na, ni hay uracanes.

Selkirk, á quien la gente del navío llamaba el gobernador de esta isla, dice

que jamas vió en ella animal venenoso, ni mas quadrúpedos que las cabras que se habian multiplicado muchísimo desde que el español Juan Fernandez se estableció allí con algunas familias. Pero los fundadores abandonaron esta isla luego que los españoles subyugaron el reyno de Chile, cuyo territorio mas fertil les prometia mayores ventajas.

CAPITULO V.

De México, del Perú, de Chile. Trabajos de las minas de oro y de plata.

El 2 de Septiembre de 1709 estando á la distancia de unas diez leguas del nordeste de México, una parte de la gente empezó á caer en un estado de desfallecimiento y de enfermedad; pero la sangría los restableció. Debe atribuirse su indisposicion á la corta racion de pan, y al uso de la Tortuga, que era su principal alimento: excelente preparativo contra el escorbuto; pero alimento

muy poco apropósito para sufrir las fatigas del mar.

El 4 de Octubre abordáron á las islas de las tres Marias, donde se mantuviéron hasta el 24 para hacer provision de leña, de agua, y tortugas. Dexarémos aquí á nuestros viajeros para hablar un rato de México, del Perú, y de Chile.

El ayre de México es suave, templado, y sano: su territorio es tan fertil, que da el trigo ciento por uno. Hay con mucha abundancia piñas, granadas, naranjas, limones, higos y cacao. Pero las minas de oro y de plata se llevan los honores principales de este pais. Aquel se encuentra en las mon-

tañas mas estériles , como que la naturaleza ha querido compensar su esterilidad.

En los trabajos de las minas de oro y de plata se siguen los mismos principios. El mineral que se saca está compuesto de muchas substancias heterogeneas , que hay que separar del oro y la plata. Para esto se desmenuza en la rueda ; reducido á pedacitos se lava y se desune por este medio de la tierra , y demas cuerpos extraños. Despues se le mezcla con el mercurio, que entre todas las substancias es la que tiene mas afinidad con el oro, y mucha mas con la plata.

Separa pues el mercurio

estos dos metales de todas las materias heterogeneas ; y el mismo se separa tambien por medio de las mangas de colar , y por la evaporacion.

Mucho se ha hablado del oro y plata que se saca de las minas de México: hay quien asegura que las rentas de México han ascendido á veinte y quatro millones de libras esterlinas (ó 2160 millones de reales vellon). De esta region y de otros establecimientos españoles recibe la Europa todo el oro y la plata que por ella circula.

La cochinilla y el cacao son los dos objetos mas principales despues de dichos metales. La cochinilla es un insecto que se cria y alimenta

en una especie de higuera chumba (cactus opuncia): la escarlata, el carmesí, y la púrpura deben su brillo encarnado á la cochinilla.

El cacao con que se hace el chocolate es despues de esta el objeto de mayor consideracion de la historia natural de México. Nace de un árbol de mediana altura que da un fruto semejante al cohombro, y en ella está encerrado el cacao. Los españoles hacen con él un gran comercio. El consumo, tanto en lo interior como fuera, es tan grande, que un huertecillo de cacaoteros da anualmente á su dueño hasta veinte mil duros. En el pais es este el principal ali-

mento: le tienen por muy sano, nutritivo, y conveniente al clima. Tambien se coge seda, pero se extrae muy poca. El algodón es mas abundante, y los naturales del pais se visten de él por su ligereza.

Las minas de oro, de plata, de mercurio, de bermeillon, y la sal son muy comunes en el Perú. Las minas viejas se van agotando: cada dia abren otras nuevas, y estos trabajos disminuyen tambien la poblacion de las ciudades. La de Potosí en tiempo en que las minas eran mas fáciles en su explotacion, (pues hoy que estan ya profundas cuestan mucho mas trabajo) tenia noventa mil

personas entre españoles é indios.

La quina (conocida en Inglaterra con el nombre de corteza de los Jesuitas) forma una gran parte del comercio del Perú. El árbol que produce este poderoso febrífugo se llama Quarango, y crece entre los peñascos de las caídas de los montes. Viene á ser de grande como el cerezo, y da un fruto que se parece á la almendra; pero su corteza es lo único que le hace tan precioso para las calentaras intermitentes y otras enfermedades.

La pimienta de Guinea, ó de Cayana se encuentra con la mayor abundancia en el valle de Arica, situado en

la parte meridional del Perú.

Lima es la capital de este reyno, y de todas las colonias españolas del Continente del América meridional. Queriendo el famoso Pizarro perpetuar su memoria, escogió el centro de un vasto y delicioso valle para fundar esta Ciudad. Tiene unos sesenta mil habitantes, cuya sexta parte es de blancos. Bastará un solo hecho para hacer ver la opulencia de Lima. Quando el duque de Peralada hizo su entrada en ella como virey, los vecinos para honrarle hiciéron empedrar las calles con pedazos de plata, que se valuáron en muchos millones.

Tom. V.

C

Todos los viajeros que han recorrido estas regiones hablan con la mayor admiracion del oro, plata, y piedras preciosas que hay en las iglesias. Si hay alguna cosa que pueda justificar sus relaciones, es el comercio y riquezas de sus habitantes. Puede decirse que los negociantes de Lima comercian con todas las partes del mundo. Al puerto de Lima envian las provincias meridionales sus producciones para cambiarlas por provisiones para los naturales del Perú. Al mismo puerto vienen las flotas de Europa y de las Indias orientales: los géneros mercantiles de la Europa, Asia y América se tra-

fican allí. Los comerciantes de Lima compran los que no se han podido vender, y los guardan en sus almacenes, pues saben que tarde ó temprano saldrán de ellos, porque tienen correspondencia con todo el comercio del mundo.

Chile, segun el idioma de este pais, significa frio: en efecto es tan excesivo, particularmente en las montañas de la Sierra-nevada, que mata los hombres, los rebaños, y preserva de la putrefaccion. Almagro perdió mucho número de hombres y de caballos en estos montes, quando despues de la conquista del Perú se entró en Chile por entre mil peligros.

Sin embargo, el clima y territorio son mucho mejores en los valles. No solamente se encuentran en ellos todas las frutas que maduran baxo el Trópico, sino tambien todo género de granos. No hay ningun rio que dexé de arrastrar oro.

Esta provincia está muy poco poblada. Los naturales pobres lograron en cierto modo escaparse de la conquista y de la civilizacion. En su vida errante no tienen mas objeto que el de huir de los extrangeros: sus patrullas son poco numerosas. No hay en todo Chile veinte mil españoles, y habrá tres tantos mas de indios negros y mulatos.

CAPITULO VI.

Viage del profesor Kalm.

Mr. Kalm era catedrático de Economía en la universidad de Abo, en la Finlandia sueca. Se le envió al norte de América para que hiciese algunas observaciones sobre la historia natural, las fábricas, y las artes: la academia de Stokolmo contribuyó á los gastos de este viage.

Habiendo el profesor obtenido licencia del rey para dexar su cátedra; y con buenos pasaportes y cartas de

recomendacion de la corte de Suecia para sus embajadores en las de Lóndres, París, Madrid, y Haya salió de Upsal el 6 de Octubre de 1747, acompañado de Lars Yungstroem, jardinero muy hábil y sutil en el conocimiento de la mecánica y dibuxo. Embarcóse en Gottembourg el 11 de Diciembre; pero un fuerte huracan le obligó á entrar en el puerto de Groemstادت en Norwega, desde donde hizo sus caminatas á Arendal y Christiansand: volvió á hacerse á la vela el 18 de Febrero de 1748, y llegó á Lóndres el 17 del mismo mes. Estuvo en Inglaterra hasta el 15 de Agosto, y

en este tiempo recorrió á Woodford , en el condado de Essex , y á Gaddesden, en el de Hertford , donde vivia William Ellis , célebre por sus obras sobre la economía rural ; pero tratándole Kalm , le pareció que su práctica no era correspondiente con su teórica. Tambien vió á Ivinghoe, Eton , otras varias plazas, y y todos los jardines de Londres y sus alrededores. Volvió luego á embarcarse para Filadelfia , capital de Pensilvania , llamada antiguamente la *nueva Suecia* , adonde arribó el 26 de Septiembre. Empleó lo restante de aquel año en recoger simientes que remitió á Suecia, y



tambien hizo varias correrías por las inmediaciones de Filadelfia , habiendo pasado el invierno en Racoon, con sus compatriotas , en la nueva Jersey. Al año siguiente 1749 atravesó Mr. Kalm esta provincia y la de nueva York , costeando el rio de Hudson para pasarse á la Albania , y desde aquí, despues de haber atravesado los lagos de san Jorge y de Champlain en Montreal y Quebec, volvió en el mismo año á Filadelfia , desde donde envió á Suecia una nueva coleccion de simientes , plantas , y varias curiosidades.

En 1750 recorrió Kalm el oeste de la Pensilvania,

y la costa de la nueva Jersey. Yungstroen se detuvo en la primera provincia todo el verano para recoger simientes; y el profesor Kalm pasó á la Albania: despues siguiendo la corriente del rio Mohawk, en los Iroqueses, recorrió las naciones de los Mohawkas, Oneidas, Tutkaroras, Onandagas, y Kayagaws: navegó por el gran lago Ontario, y vió la célebre catarata de Niágara. A su vuelta de la expedicion de verano atravesó las montañas azules por otro camino. y llegó por octubre á Filadelfia.

El 11 de Febrero de 1751 desembarcó en New-Castle para Inglaterra, y despues

de haber estado expuesto á muchos peligros , á causa de varios huracanes terribles, entró el 27 de Marzo en el Támesis, y dos dias despues en Lóndres. El 15 de Mayo partió para Gottemburg, y el 13 de Junio estaba ya de vuelta en Stokolmo: despues de un viage de tres años y ocho meses volvió á tomar su cátedra de Economía en Abo, donde cultivó algunos centenares de arbustos y plantas americanas.

CAPITULO VII.

Particularidades extractadas de este viage, sobre la culebra negra, y la rana mujidora de América.

Al norte de la nueva-Jersey vimos una culebra negra que matamos: Catesby hizo descripcion de ella.

Quando esta culebra ha acabado de crecer tiene por lo regular cinco pies de larga, y es muy delgada: la que he visto mas gruesa tenia por la parte mas gorda tres pulgadas á lo mas. Tiene el lomo negro, brillante y suave al tacto: la parte infe-

rior de la cabeza blanca, el vientre blanquecino azulado, reluciente, y muy ajustado. Me parece que esta especie tiene sus variedades.

Hay muchas de estas culebras en aquella tierra: son de las primeras que salen en la primavera, y aun antes si el tiempo está templado; pero si sobreviene frio á este calor adelantado, se las encuentra yertas y entorpecidas: cogidas en este estado, y aproximadas al calor del fuego, vuelven á tomar vigor en ménos de una hora.

Ninguna otra especie de culebras tiene la viveza que estas: son tan ágiles, que cuesta mucho al perro mas

ligero cogerlas. Si persiguen á un hombre le alcanzan; pero por fortuna su mordedura no es venenosa, ni del mayor peligro, bien que duele mucho por bastante tiempo. Rara vez hacen daño estas culebras si no es en la primavera quando están en zelo; pero entónces si alguno pasa por donde están, irritadas, porque las perturbaban sus amores, le persiguen con la mayor velocidad, y esto mismo hacen si alguno manifiesta miedo; pero si tiene presencia de ánimo para oponerse á ellas, ó las sacude con algun palo, huyen con la misma ligereza que acometen, aunque tambien ha habido exemplar

de que han acometido, y no han soltado la presa hasta que se las ha dado un fuerte golpe.

Estando yo en la nueva York me contó el doctor Colden que en 1748, por la primavera, tenia él varios jornaleros en su casa de campo, entre los quales habia uno que recientemente habia llegado de Europa, el qual ignoraba las propiedades de estas culebras. Los compañeros le dixéron que fuese á matar una que se dexó ver. Al punto cogió un garrote, y se fué á ella; apénas le vió esta se arrojó á él: el jornalero asustado tiró el palo para correr mas, huyendo de ella;

pero en vano , pues le alcanzó , se enredó entre sus piernas , le hizo caer en tierra , le mordió , y le llegó á asustar tanto , que le turbó el sentido ; en fin no pudo verse libre de ella hasta que sacó una navaja y la cortó por tres ó quatro partes. Esta lucha divirtió mucho á los otros jornaleros que se estaban riendo , sin favorecer á su compañero.

Tambien se atribuye á esta culebra el poder embellear los páxaros , y las ardillas , fascinándoles sus ojos: si está tendida debaxo de un árbol , y fixa su vista sobre la ardilla , ó el páxaro que están sobre él , los obliga á baxar y meterse en su

boca. Yo á la verdad no he visto esta especie de aojo , y no salgo por fiador, aunque me lo han asegurado mas de veinte personas, y entre ellas algunas de respetable autoridad decian que el páxaro y la ardilla empezaban á dar unos quejidos lastimosos, revoloteando, baxando y subiendo por el árbol, y acercándose así hácia la fatal culebra que no les quitaba ojo : estos movimientos parecia que eran esfuerzos para escaparse de ella ; pero en vano, una fuerza desconocida los obligaba á irse baxando cada vez mas, de modo que aproximándose á su enemigo se veian por último en la precision de caer

en su boca que tenia ya abierta, esperándolos. Esta opinion es tan general en América, que se rien de los que ponen en duda el hecho; pero es menester reirse de los que creen lo que se llama hacer mal de ojo.

La culebra negra mata las ranas pequeñas, y se las come: si puede entrar en un gallinero, ó en algun nido de páxaros chupa los huevos, y mata la gallina ó el ave. Mr. Bartran dice que la ha visto gatear los árboles mas altos, hartarse de huevos ó paxarillos, y volverse á baxar con la cabeza hacia abaxo. Un sueco me dijo que cierto dia mató una de estas culebras, que tenia

ya dentro de su boca la cabeza de una gallina, á la que habia llenado de mordeduras, y que la gallina vivió despues.

Esta culebra gusta mucho de leche; si se entra donde la hay, es muy difícil echarla de allí; y es tan golosa que la han visto alguna vez comer con los niños en el mismo plato, sin morderlos, aunque la sacudían con la cuchara en la cabeza quando comia muy apriesa. Nunca la he oido silvar. Quando quiere mirar al rededor, empina la mitad de su cuerpo. Muda de camisa todos los años, y se dice que esta es un buen remedio para el calambre y

la gota , si se lleva rodeada al cuerpo.

He visto la especie de rana mugidora y la he oido bramar : iba yo á caballo quando la oí , y creí que era algun toro que pastaba en los matorrales de la otra parte del dique ; pero echando de ver que el bramido era mas ronco que el del toro , temí que fuese alguna fiera , y que me sorprendiese sin verla yo. Seguí mi camino mucho tiempo, pensando siempre en esto , hasta que encontré con unos suecos , á quienes se lo dixe. «No tema vmd. (me dixéron) no es toro ni fiera lo que vmd. ha oido , sino una rana mugidora , de las

»muchas que hay en el di-
»que.« Despues me entrete-
nia ya en pescarlas.

Entre todas las especies de ranas de este pais, estas son las mas grandes. Luego que en el otoño empieza el ayre á enfriarse se meten en el fondo de los estanques y aguas pantanosas, donde se mantienen todo el invierno entorpecidas, vuelven á salir hácia últimos de Marzo ó por Abril, si se retarda el buen tiempo. Quando cantan todas juntas causan un ruido espantoso, parecido á los bramidos del toro, y las personas que están hablando cerca de ellas no pueden entenderse. Alguna vez se hallan entorpecidas en el

prado á bastante distancia del agua, pero al menor ruido se meten en su morada, dando unos saltos increíbles, de quince á diez y ocho pies de largo.

Algunos años abundan mucho mas; se ignora si las culebras que devoran las pequeñas, se comen tambien á estas. Las mugeres detestan estas ranas, porque matan y se comen los polluelos de las ánades y de los patos, y si son muy pequeños se los llevan al agua. Tienen dientecillos; pero no se si muerden quando se las tiene en la mano. Algunas personas comen sus ancas, y dicen que son excelentes.

CAPITULO VIII.

Costas de los Patagones.

Naufragio del navio de guerra el Wager, de la esquadra del almirante Anson. Trabajos que pasó en él el capitan Byron, con sus compañeros de viage.

«Casi todos los géneros de comercio, y las provisiones militares, se habian acomodado en el *Wager*, para que abasteciese la esquadra. Navegamos con ella hasta la entrada del estrecho del mairé, y nos ha-

llábamos bastante delante-
ros, quando mudándose el
viento repentinamente nos
arrojó con la marea sobre
los peñascos de Staten-land
(*tierra de los Estados*) don-
de casi naufragamos. Sin
embargo, contra lo que es-
peraba la esquadra, pudi-
mos escapar y volvernos á
juntar con ella. Así conti-
nuamos por algun tiempo;
pero se alborotó tanto el
mar, que nos vimos en la
precision de tener que qui-
tar el palo de mesana.

»El capitan Chap insis-
tió en dirigir su rumbo há-
cia la isla de Socoro que
está cerca de Baldivia, vien-
do que no podia la esqua-
dra apoderarse de esta pla-

za sin los socorros de nuestro navío, que iba cargado de la artillería y demas provisiones de guerra.

» Despues de algunos dias de navegacion no se nos ofrecian otras señales de la proxîmidad de la tierra, sino algunos juncos y aves que habiamos visto. Al fin, vimos una altura que creimos ser una de las cordilleras. Pero no se percibia tan claramente, que no pudiese atribuirse á la imaginacion, y aunque el capitán se persuadió que se aproximaba al peligro, ya era tarde para poner el remedio; pues habiéndose roto las ligaduras de la verga grande, vino á caer; se tardó mucho

tiempo en volverla á poner, porque la fatiga y la enfermedad habian reducido la mayor parte de la tripulacion al estado de no poder trabajar. La poca gente que quedaba vió la tierra hácia el nord-oueste, hácia donde se precipitaba con violencia el navio. Inmediatamente se diéron las disposiciones para libertarse de ella, dirigiendo el rumbo al mediodia; pues estaba el tiempo tan tempestuoso, y el viento nos forzaba tanto hácia la costa, que se burló de nuestros esfuerzos: no teniamos ya mas que doce hombres para maniobrar; sobrevino la noche y era terrible. Para evitar la cos-

ta nos apresuramos á executar quanto creíamos conveniente; pero como á cosa de las quatro chocó el navío. Atribuimos el choque, aunque fué muy violento, á un golpe de mar semejante á los que habiamos ya experimentado; pronto nos desengañamos; el navío chocó segunda vez con mas violencia, se quedó inclinado, y tomó mucha agua. Los que pudieron levantarse se viniéron al pasamano, aun aquellos que hacía dos meses que no los habiamos visto; los infelices que estaban postrados con el escorbuto, se ahogáron todos.

»El navío permaneció torcido, y en un estado las-

timoso. Todos nos creíamos en nuestro último instante; estábamos rodeados de escollos por todas partes; pero sobrevino de repente una oleada tan grande como una montaña, y le arrojó muy largo trecho; tercera vez chocó contra otro escollo, y se rompió el pasamano. En situación tan crítica y terrible, no era posible observar todas las conmociones de horror y desesperación: tanto era lo que cada qual se estremecía con su propio peligro. Sin embargo, las hubo de tal naturaleza, que no se libraban de ella aquellos á quienes el miedo no había trastornado el juicio.

» Mr. Jones (el contramaestre) que no solamente escapó de este naufragio, sino tambien del que padeció el navio de guerra *Lichtfield*, sobre las costas de Berbería, en el momento crítico en que nuestro navio estaba en el peligro mas inminente, no solo mostró el aliento mas intrépido, sino que procuraba inspirarle á los demas. «Amigos míos (decia gritando) no nos desanimemos. ¡Qué! ¡nunca habeis visto escollos? ¡pues buen ánimo! y con él los vencerémos. Vamos trabajando. Aquí hay una ánco- ra, aquí esta una verga: todavía nos podremos amar- rar, y salvar nuestra vida.»

Esta arenguilla produjo un buen efecto; muchos que parecían medio muertos, volviéron á su actividad, y se pusieron á maniobrar con toda fuerza. El ánimo de M. Jones en aquella exhortacion, fué de mantener el espíritu de los marineros; pues despues nos dixo que no creia que uno solo pudiese quedar vivo. Corrimos entónces por entre los escollos, y por un favor extraordinario de la providencia llegamos á amarrarnos entre dos grandes peñascos, que en algun modo nos defendian de la violencia del mar. Al punto abatimos el árbol mayor, y el de mesana. Pero el navio continua-

ba removiéndose en términos, que creíamos que se abriera de un instante á otro. En fin, empezó á amanecer, y alcanzamos á ver la tierra á poca distancia. Ya no pensamos mas que en salvar nuestras vidas. Se necesitaba bastante tiempo para echar chalupas al agua, porque habíamos perdido los paños. Luego que lo conseguimos se metieron tantos en ellas, que estuvimos para perecer ántes de tomar tierra.

«Es muy natural el pensar, que despues de estar tan próxîmos á nuestro último fin, en un naufragio casi inevitable, nuestros mayores deseos serian de ver-

nos en tierra. Sin embargo, bien considerado, nuestra suerte se mejoraba. Por qualquiera parte que tendíamos la vista, no descubriamos sino unas escenas orrorosas. El navío iba á sumergirse, y con él quanto teníamos para nuestra subsistencia. El mar no nos presentaba mas que una perspectiva la mas desgraciada, y la tierra no nos ofrecia un aspecto mas favorable. Es cierto que nos libraba de perecer en el abismo de los mares; pero su aspecto estéril é inculto nos demostraba por todas partes la imágen del hambre. En fin, acababamos de librar-nos de una muerte cierta, y debemos confesar que ya

era esto algun consuelo. Pero teniamos que lidiar contra la lluvia, el frio y el hambre, y no teniamos medio para libertarnos de estos enemigos.

»Sin embargo, el primer cuidado fué buscar algun abrigo. El tiempo estaba insoportable; y nosotros muy extenuados, entorpecidos y llenos de desesperacion. A corta distancia de la playa alcanzamos á ver una cabaña india entre una arboleda. En ella nos entramos todos revueltos indistintamente, al anochecer, lloviendo á cántaros, y arrebatándonos el viento. Allí amontonados, no nos atreviamos á entregarnos al sue-

ño, que en medio de tantas fatigas seria muy útil. Las lanzas y otras armas que encontramos en esta cabaña nos hacian temer alguna sorpresa de parte de los indios; no sabiamos quales podian ser sus fuerzas y sus disposiciones; y nuestra imaginacion, fatigada de los males pasados, se asustaba en extremo de todos los que podia temer.

»Uno de nuestros compañeros, teniente de inválidos, murió aquella noche en la miserable cabaña. Otros dos, que no habian cabido en ella, y se pusieron al abrigo inútil de un grande árbol, perecieron igualmente. A la mañana siguien-

D 3

te, luego que nos amaneció, empezó á gritar el hambre. Hasta entónces toda nuestra atencion se habia dirigido hácia los obstáculos y peligros mas urgentes; pero ya no podiamos resistir á la fuerte necesidad de alimentarnos. Ya habia mas de quarenta horas que no habiamos probado bocado. Era ya tiempo de saber qué alimentos habia librado del naufragio la vigilancia de unos, y cuáles podria adquirirnos en la isla la industria de otros. Por una parte no encontramos mas que dos ó tres libras de polvos de vizcocho en un saco; y por la otra una sola gaviota que uno de los nuestros ha-

bia muerto. Al punto se enciende una grande lumbre, y en una caldera llena de agua, se echó á cocer todo junto. Apénas habiamos acabado de tomar este miserable refrigerio, quando sentimos unos dolores violentísimos en el estómago, vómitos, y varios síntomas de veneno. Procuramos inquirir la causa, y la atribuimos á la naturaleza y calidad de las verduras; nuestros sustos se aumentan; y en fin, salimos pronto de duda. Nos acordamos de que las migajas de vizcocho se habian echado en un saco, donde habia habido tabaco, y que habiéndose mezclado, se habia compuesto un

emético muy violento.

Habiamos desembarcado ciento y quarenta hombres, y aun se habian quedado otros en el navio, ó por la embriaguez ó por robar, entre estos estaba el contra-maestre. Un oficial tomó la chalupa, y fué á buscarlos con órden de que viniesen á juntarse con nosotros. Se vió en la precision de volverse solo, porque los halló en disposicion de sublevarse; todo era desórden. Nosotros no podiamos perder tiempo en registrar la costa donde nos hallábamnos, ya para buscar algunos víveres, ya para saber qué era lo que podiamos temer, ó esperar de aque-

llos salvajes. Creíamos que no podían estar muy distantes de nosotros y pronto á embestirnos, si nos veían esparcidos. Nuestras patrullas no pudiéron hacer aquel dia sino muy pocas pesquisas; pero en sus cortas correrías no encontráron mas que una tierra pantanosa que nada prometia.

»El parage en que tomamos tierra, era una bahia formada por unos altos promontorios. El mar que los rodeaba, no dexaba acercarse á ellos por la parte del norte; este sitio estaba tan escarpado, que para subirle era preciso abrirse camino. Pusimos el nombre de *Miseria* á este promon-

torio, donde subiamos á gatas para observar, quando lo prometia el tiempo. Mas allá de él habia otra bahia adonde el mar habia arrojado algunos despojos nuestros. Otros compañeros míos y yo, baxamos á ella; pero no encontramos allí ninguna especie de alimento. Quando volvimos donde estaban los nuestros, tomamos un corto refrigerio, que nos proporcionó un poco de apio silvestre. La noche siguiente fué muy tempestuosa. El mar irritado amenazaba tragarse el navío, y á los que se habian quedado en él. Tanta prisa tenían de que los socorriésemos, quanto obstinacion

habian manifestado ántes contra nuestros socorros. Viendo que la chalupa no iba á tomarlos con la prontitud que querian, sin considerar si era ó no posible exponerla á la furia del mar, apuntáron uno de los cañones hácia la cabaña, y oimos el silvido de la bala que pasó por encima. Hicimos una tentativa para ver si podriamos favorecer á estos irritados; pero la violencia del mar y otros obstáculos la hicieron inútil. Entónces desde el furor pasáron á los ultrajes. Hicieron pedazos quanto encontráron á mano, descerrajáron los baules, saqueáron los camarotes. En su furor unidos para el ro-

bo, y separados presto por la discordia, matáron á uno de sus camaradas, ó porque le habia tocado mejor parte, ó porque quiso disputar sobre la de alguno de ellos. Luego reflexionando sobre la causa que les habia hecho sublevarse, se apoderáron de las armas y municiones para sostener su revolucion, pretestando que cesaba toda autoridad con la pérdida del navio. Nosotros teniamos la mayor necesidad de aquellas armas, así luego que pusiéron el pie en tierra se las quitamos; el valor y firmeza del capitan Cheap, y del teniente Hamilton, los desarmáron. Entre los amoti-

nados que se quedáron á bordo, se hallaba el contra-maestre, segun se ha dicho. En lugar de valerse de su autoridad para contenerlos, se habia declarado su Gefe. Saltó en tierra muy puesto de vestido bordado de oro: indignado el capitan Cheap de la mogiganga, le sacudió tan fuertemente con el baston, que le hizo caer á tierra. Las carcajadas de la risa general nos hiciéron olvidar por aquel rato nuestras desgracias, pues despues de haber robado las ropas de sus oficiales, vimos estos amotinados ricamente vestidos. prontamente los volvimos á dexar con sus trapajos, quitándo-

les las ropas , como habiamos hecho con las armas.

«Las continuadas lluvias, y el excesivo frio hubieran acabado brevemente con nosotros. En la cabaña no cabiamos todos , y así hubo que buscar otro medio. El artillero , el carpintero, y otros recibieron la órden de volver la lancha , poniendo la quil a en alto ; y de asegurarle en esta postura. Por este medio se formó una razonable habitacion. Nos dedicamos despues á recorrer la costa , para buscar los pocos alimentos que nos pudiese ofrecer. Encontramos por ella algunas aves de mar , almejas , y otros mariscos con bastante

abundancia; ¡pero á costa de mucho sentimiento y de tristes espectáculos! Alcanzábamos á ver entre los peñascos, los cuerpos de nuestros infelices compañeros hechos pedazos por las olas que los arrojaba contra la costa: ¡cruel aspecto que los horrores del hambre nos obligaban á mirar; y nos dabamos por muy contentos, quando podíamos coger junto á ellos alguna de las aves carnívoras, que sus cadáveres atraían!

»A pesar de nuestras vivas diligencias, esta parte de isla no podia mantener tantas bocas. Tuvimos pues que volvernos á la playa para recoger algunas reli-

quias del navio ; pero tampoco este arbitrio podia ser muy duradero. Ignorando el tiempo que deberiamos permanecer en la isla , era preciso , no solamente economizar con el mayor rigor, lo que podiamos recoger del buque, sino reservarnos de ello lo suficiente, para quando saliésemos de esta tierra de desolacion. Sería muy dificil explicar lo mucho que nos costaba cada vez que lograbamos llegar hasta el navio. Ya no tenia fuera del agua mas que el pasamano y el castillo de proa. Para poder sacar algo de él, atábamos unas grapas de hierro á unos palos , y por lo regular los cadáve-

res que flotaban por entre los puentes, frustraban nuestras esperanzas ó lo conseguimos á costa de lágrimas.

»Es preciso tambien poner en parage seguro los frutos de nuestras diligencias para lograr nuestro intento. El capitán Cheap dispuso una tienda junto á su cabaña. Aquí se hizo una especie de dispensa, de donde no se podia sacar la menor cosa sino con arreglo á las medidas tomadas por la oficialidad. Por consiguiente era necesario oponer la mayor vigilancia á tantos estómagos hambrientos. Los oficiales subalternos, á pesar de nuestro cansancio por haber an-

dado todo el dia buscando víveres, acordamos guardar la tienda de las invasiones nocturnas, y nos repartimos entre nosotros este cargo. Sin embargo de nuestro cuidado, el depósito confiado á nuestra custodia fué quebrantado alguna vez. Una noche de las que me tocó la guardia, oí ruido en la tienda, me eché de repente sobre el ladron, y poniéndole al pecho una pistola, le obligué á dexarse atar á una viga, hasta tener yo el tiempo de hacerle poner en parage seguro. El bien general exìgia que se castigasen con rigor estas raterías. Aun así nuestro almacén no dexaba de

ser asaltado: el hambre podía mas que todos los peligros: ¡y qué tenia esto de extraño! era mezquina la racion, y poco proporcionada á nuestras fatigas: cada dia se moria alguno de hambre: por el dia se les veía andar por la ribera buscando con ansiosos ojos algun triste alimento que las aguas traxesen del navío, y por la noche la misma necesidad hacia ir allí á los mas hambrientos. Si la fortuna les favorecia ponian el mayor cuidado en que nadie lo supiese; no puede darse otra cosa mas avara que el hambre. Debo advertir aquí que el dia 14 de Mayo naufragamos, y que

hasta el 29 del mismo no se repartieron con alguna proporcion las provisiones de la tienda.

»La tierra que habitabamos estaba á unas noventa leguas, al norte de la embocadura occidental del estrecho de Magallanes, á los 47 ó 48 grados de latitud meridional, desde donde podiamos distinguir con claridad las cordilleras, y por dos lagunas que teniamos al norte y al mediodia, que se dilataban hácia estas montañas creimos que seria alguna isla. Pero aun no teniamos modo de asegurarnos en este concepto, ó de si era tierra firme, porque los bosques que habia

cerca de nosotros eran impenetrables por su mucha espesura, y hasta entónces la necesidad de poner todo nuestro cuidado en adquirir una corta subsistencia habia empleado nuestro tiempo. La estacion y el clima tampoco nos permitian hacer algunas tentativas peligrosas. La costa, quanto podia alcanzar nuestra vista, no presentaba mas que una cadena de escollos terribles adonde los marineros mas intrépidos no se atreverían á acercarse en una débil chalupa; y este promontorio, que con razon llamamos de la *miseria*, no nos daba esperanza alguna por la parte de tierra. Los espesos bos-

ques y la altura de las montañas nos cerraban todo paso. Para conocer en fin nuestra verdadera situación, no nos quedaba otro arbitrio que el de meternos en las chalupas del navío. La mayor estaba todavía en el seno del borrascoso mar. Enviámos gente para que la desliaran del buque: estando en esta faena descubrimos repentinamente tres canoas de indios que venían remando, hácia nosotros, desde las lagunas meridionales. Asustáronse al vernos: necesitamos de bastante tiempo para tranquilizarlos, y hacerlos venir hácia nosotros; por último se confiaron en las demos-

traciones de amistad que les hicimos. Les ofrecemos algunos regalillos, los aceptan, y se dexan conducir adonde estaba nuestro capitán, quien les da tambien los suyos. Estas novedades les sorprehenden con extremo, y mucho mas la vista de los espejos. Se veian allí, y no conociendo el prestigio se buscaban por detras de la luna, sin poder dar en el encanto de este engaño agradable.

» Estos indios tenían una estatura pequeña, la tez muy morena, y sus cabellos largos, negros y lanudos que les cubrian el rostro. Su grande admiracion, sus demostraciones, y su ignorancia

sobre todo lo que es respectivo á los blancos, nos probaba que jamas los habian visto. No tenian mas vestido que un pedazo de cuero por la cintura, y un tejido de plumas en las espaldas. De las palabras que pronunciáron no les oimos ninguna que se pareciese á las de los idiomas que sabíamos, ni podian hacerse entender; de donde inferimos que jamas habian tenido el menor comercio con los europeos. Al partirse nos dexáron algunas almejas, y quando vlvieron á los tres dias á vernos, nos traxéron tres ovejas, cosa que nos admiró mucho. ¿De dónde podian tener ellos estos ani-

males , en un rincon del mundo tan distante de los establecimientos españoles, separados de su comunicacion por una costa inaccesible, y una tierra árida? Lo cierto es que desde el estrecho de Magallanes hasta nuestro arribo á las inmediaciones de Chile ni vimos ninguno de estos animales, ni oimos cosa alguna respectiva á ellos: alguna rara casualidad los habia llevado á sus manos, lo qual no pudimos averiguar. En esta ocasion les compramos uno ó dos perros que hicimos asar. A pocos dias nos hicieron otra visita ; pasaron un dia entero en nuestra compañía con sus mugeres,

y nos dexáron luego.

»El tiempo se habia puestas mas seco , y el frio mas riguroso. Recogimos algunas mas provisiones del navío, y las guardamos en la tienda. Tantas dificultades para poder adquirir una corta subsistencia produxéron al fin en nosotros el mal humor , y el disgusto , pues no teniamos la menor esperanza de que se mejorase nuestra suerte. Unos se separáron de nuestra habitacion , otros abandonáron enteramente al capitán para hacer un viage que no tenia plan ni objeto. Yo , por mí , que no me acomodaba ninguno de estos partidos , viendo que todos se iban aislando , me

fabriqué á alguna distancia una cabaña pequeña para mí y un pobre perro indio que me habia encontrado en el bosque, y que sabía muy bien buscarse en las aguas baxas las almejas con que se alimentaba. Me habia cogido tal cariño, y era tan fiel para mí, que mordía á los que se acercaban á mi cabaña: ademas de los desertores de que hablé ya, otros formáron el proyecto de abandonarnos enteramente. Estos eran hasta unos diez, y todos unos valientes bribones. Ya habian resuelto hacer volar la cabaña del capitan al marcharse, y habian puesto junto á ella un barril de pólvora, con un

rastrero largo del mismo material, quando se despertaron los remordimientos y humanidad de uno de estos pícaros. Les hizo renunciar el maldito proyecto, y marcháron ; pero vagando por los bosques , sin encontrar ninguna salida , convencidos por último de que no podia ser el pais tierra firme, sino una isla de quatro ó cinco leguas , se volviéron á establecer como á unas dos millas de nosotros , con el ánimo de entrarse en el continente en quanto pudiesen procurarse una barca. Antes de que executasen el proyecto logramos atraernos el armero y el carpintero que se habian enganchado im-

prudentemente con aquella cuadrilla, y nos eran de mucha utilidad. Los otros se hicieron una canoa con uno de los masteleros del navío: partiéron para una de las lagunas, y jamas hemos vuelto á oír hablar de ellos: su ausencia, léjos de afligirnos, fué muy conveniente á nuestra seguridad. «

CAPITULO IX.

Extremado apuro á que llegan. Se comen el perro favorito de Biron.

Algunos destacamentos pequeños se pasaron á las lagunas para cazar las aves, y por lo regular lo lograban. Un dia alcanzamos á ver á los indios en el mar; inmediatamente nos pusimos en el agua para salirles al encuentro, temiéndonos no pasasen por donde estaban nuestros desertores, que no hubieran dexado de quitarles alguna canóa para ganar el continente. Habiéndolos

cogido en nuestra chalupa, hallamos que venian con intencion de establecerse entre nosotros ; pues traiau tambien sus mugeres é hijos. Eran entre todos cincuenta personas. Se construyéron sus cabañas junto á las nuestras , y manifestaban que les agradaba mucho nuestro trato. Si hubiéramos sabido conducirnos con ellos como debiamos, nos hubieran valido mucho para nuestra subsistencia, pues aun teniamos cien bocas que alimentar ; pero nuestra gente habia sacudido el freno de la disciplina : no pudimos conseguir que no seduxesen las mugeres de los indios ; ultraje que sintié-

ron tanto los maridos, que nos dexáron abandonados en nuestra isla, sin la menor esperanza de volverlos á ver en ella.

»Su partida nos fué muy sensible, y aumentó nuestros deseos de acabar nuestro buque largo, para buscarnos otro asilo. El carpintero tenia muy adelantado su trabajo: el navío nos habia subministrado erramientas y otras cosas; de modo, que ya estábamos determinando el rumbo que deberiamos tomar para volvernos á Europa. La opinion mas general era la de tomar por el estrecho de Magallanes: esta idea les vino de un libro que el capitán

Cheap me habia prestado, y el que habian ellos leido con la mayor ansia: era el *viage de John Narborough*. Propusieron este plan al capitán, que no lo aprobó, porque tenia ánimo de dirigirse hácia el norte, coger por allí algun navío enemigo, y volverse á juntar con el Almirante. La vista del buque y de los trabajos aumentaba su impaciencia: el deseo de la vuelta les hacia despreciar toda especie de peligro: tenian á la vista los escollos donde habian naufragado: su imaginacion no les dexaba ver ninguno en un viage casi impracticable, acariciando continuamente al carpintero, que

á la verdad era un buen hombre, y muy acreedor á la estimacion general.

»De ciento quarenta y cinco no habiamos quedado mas que los ciento: el hambre nos arrebató los otros, dexando á los que exístiamos la triste perspectiva de tenerlos que seguir prontamente á pesar de todas nuestras precauciones. Un dia que estaba yo en mi cabaña con mi perro se llegaron allí varios de ellos, me dixéron que era preciso que se muriesen de hambre si no les entregaba mi pobre animal; me propuse perorar á su favor, les representé la amistad, la fidelidad, y los servicios del buen ani-

malito. Sin responderme le agarran, le matan, y se le comen; pero tambien estaba yo medio muerto de hambre; creyéndome con derecho de una buena parte, me fuí á sentar junto á ellos, y á participar del banquete. De allí á tres semanas aun fué peor. Acordándome del parage donde habian muerto el perro, me creí dichoso por haber encontrado sus patas y pellejo casi podridos, y me los comí gustoso.

»Por mas sutil que fuese la industria de nuestras gentes apénas conseguian con ella desgastar el aguijon del hambre: en el número de las invenciones ingeniosas

que les sugirió puede citarse esta: uno que se llamaba Phips, compañero del contraamaestre, discurrió el atar á una especie de cesto ó cuévano que se encontró dos troncos de árboles, uno á cada lado. Con este medio se procuraba muchas veces algunos páxaros de mar, mientras que los demas nos moriamos de hambre; pues muy malo habia de estar el tiempo para que le impidiese hacer su caza. Sin embargo, una vez tuvo la desgracia de que una oleada volviese su máquina quando estaba bien distante de la costa. Habria perecido infaliblemente si no hubiera sido por un peñasco que ha-

bia cerca , al que se abanzó , aunque no sabía nadar. Dos dias se mantuvo en él sin la menor esperanza de socorro , porque no se alcanzaba á ver el peñon desde la costa. Por su fortuna una de nuestras chalupas se echó al mar para procurarnos algunos páxaros: alcanzaron á ver sus señas de socorro , y le volviéron á la isla. Ni aun escarmentó por esto : su valor fué mas admirado que abatido con este suceso: aun apeló á otra invencion , tan rara quando ménos como la primera. Con una piel de buey , que servía en el navío para cubrir la pólvora , por cuya razon se llama *piel de artillero* , se hi-

zo con unos aros de cuba una especie de canóa, en la que hizo algunas expediciones que no le saliéron mal. Por lo tocante á nosotros, quando nos lo permitia el tiempo, no dexábamos de salir con las chalupas; pero es tan terrible este clima, se ve en él tan pocas veces el sol, que la atmósfera está siempre cargada de una niebla espesa, de lluvias, y de tempestades.

»Sin embargo, no nos eran del todo perjudiciales estos vientos tempèstuosos, y la violencia de las olas; pues quando ménos nos acarrea-
ban algunas cosas á la playa; pero no podíamos contar con unos socorros tan

pasajeros. En una de estas correrías, sobre un triste barquichuelo que nos habíamos construido, apenas dos compañeros míos y yo habíamos gateado un peñasco, cuando se le llevó un golpe de viento. A tres leguas estábamos de la playa; allí hubiéramos perecido si uno de ellos, con riesgo de su vida, no hubiera saltado al mar, y nadado para recobrarle.

»Entre las aves que lográbamos matar, había algunos patos, cuyas plumas brillaban con unos colores muy vivos y variados, y otras mayores. Por lo tocante á la tierra no vimos en ella mas que tres cuervos.

Mr. Hamilton mató uno, y yo otro. Algunas aves de rapiña nos visitaban tambien alguna vez; pero solamente quando tenian algun motivo, como quando los atraia el olor de alguna ballena muerta.

En una de estas correrías habiendo alcanzado á ver un páxaro grande en una altura, me fuí metiendo por entre unos árboles espesos que la cubrian; ya iba yo á dispararla un tiro, quando repentinamente oí junto á mí un bramido que me hizo retirar: la espesura de los árboles hacia tan sombrío el parage, que no pude ver lo que era; pero el ruido me fué siguien-

do hasta que salí de allí. Lo acerté en efecto; pues cuando volví con mis compañeros me dixéron que habian visto en el monte una fiera monstruosa; pero la descripción que de ella me hicieron no fué bastante perfecta para que se pueda incluir aquí.

» Nuestra grande barca estaba casi concluida: escogimos algunos de los nuestros para que fuesen en la chalupa á reconocer la costa por el lado del mediodia. La primera noche entramos en un buen puerto, á algunas-leguas hácia el mediodia de la isla de Wager; allí encontramos una perra á que poder tirar y la ma-

tamos con sus tres cachorrillos, que nos supiéron muy bien. Tuvimos que sufrir, como de ordinario un mal tiempo y un mar terrible lleno de escollos; al tercer día se puso tan alborotado, que para no perecer tuvimos que buscar el primer parage que se nos presentára. Apénas habíamos entrado en él, vimos una bahía muy buena, donde pusimos en seguridad nuestra chalupa; y despues descendimos á la playa. Era mucho lo que llovía, y no encontrando por allí ninguna cosa de alimento, pusimos en el monte, y al frente de la bahía grande, una tienda que llevábamos. Como no

cabiamos todos en ella, propuse á quatro de ellos que se marcháran al cabo de la bahia, á unas dos millas de distancia, á una caberna indiana, que yo habia visto la primera vez que abordamos allí; despues nosotros nos formamos una especie de parapeto con juncos, para que nos libertára algo del ayre; encendimos una hoguería para secarnos, y nos tendimos con la esperanza de que vendria el sueño y apagaría nuestra hambre. Pero apénas nos hallábamos en esta disposicion, quando un compañero nuestro sintió en su rostro el resuello de una fiera que iba á devorarle; por fortuna no per-

dió su presencia de ánimo; se agarró á un tizon ardiendo; la sacudió en las narices, y la hizo partir corriendo. Esto nos despertó á los demas, y con su susto, escrito sobre el rostro, nos contó el peligro en que se habia hallado. Ya continuamos toda la noche con miedo, y le teniamos tambien por lo tocante á los otros compañeros; se aumentó todavía por la mañana, que vimos sobre la arena las huellas del animal: estaban muy señaladas, y se distinguia claramente un pie redondo y ancho, muy armado de garras. Quando vimos nuestros compañeros nos dixéron que habian tenido

tambien la misma visita, y que se habian libertado con las mismas armas.

«Nos volvimos de nuestro crucero á la isla de Wager con un fuerte viento, sin haber llevado mas adelante nuestros descubrimientos, á causa de lo peligrosa que era la costa. A nuestra vuelta vimos los quartos de perros colgados, de lo que inferimos que los indios nos habian traído nuevas provisiones. En efecto, habian venido en sus canóas; y supimos su modo de coger pescados con sus perros: estos echaban los peces hácia un rincon del estanque ó lago, de donde los sacaban con facilidad los salvages.

Tom. V.

F

CAPITULO X.

*Partida de la isla de Wa-
ger. Terribles peligros.*

«**N**uestra impaciencia por salir de esta isla era extremada: el 15 de Diciembre, mitad del verano en esta tierra, aunque no hay diferencia de estaciones en ella, se lo diximos de comun acuerdo al capitán Cheap, quien ántes de embarcarnos, subió con tres de nosotros al promontorio de la *Miseria*, desde donde hacíamos nuestras observaciones. Nos dixo despues de haberlo mirado todo con

su anteojo , que el mar á lo largo estaba muy agitado.

»Esto hizo muy poca fuerza á unos espíritus resueltos ya á menospreciar los peligros , con tal que saliesen de esta isla. El capitán con las intenciones que manifesté ya , se resolvió á partir para la isla de Chiloe, á cuyo efecto echamos al agua nuestros dos buques, y transportamos á ellos quanto teníamos. El capitán Cheap, el cirujano , y yo entramos en la barca con nueve hombres; y el teniente Hamilton, Mr. Campbell, con otros seis , se pusieron en la chalupa. Aun no habia dos horas que estábamos en el mar, quando

el viento se mudó hacia el oeste de repente. Temíamos ser sumergidos con los dos buques á cada instante, y para impedir que entrasen en ellos las olas, nos estrechábamos mucho de pies, á fin de recibirlas sobre las espaldas. Para aligerar los buques, tuvimos que arrojar al mar nuestra poca provision, y hasta los grapones. Ya se aproximaba la noche, y ninguno esperaba escapar del naufragio cierto. Como nos acercábamos á la playa, alcanzamos á ver una abertura entre los peñascos; nos metimos por ella, y nos condujo á un puerto donde nuestros buques estuviéron con

seguridad; estaba allí la masa de las aguas en tanta calma y tan inmóvil como el mismo peñasco.

»La chalupa habia ya entrado ántes que nosotros, y como la creiamos perdida, nos alegramos infinito de volverla á ver. Despues de puestos los buques en toda seguridad, nos subimos á un peñasco. Llovía mucho ántes de anocheecer, y el frío era extremado; ni teniamos ropa para mudarnos, ni leña para hacer lumbre, y como tuvimos que pasar la noche en tan infeliz situacion, nos fué imposible dormir; el día ántes habiamos arrojado al mar las provisiones, y no teniamos la me-

nor esperanza de encontrar nada por aquella costa. Por la mañana salimos de aquella ensenada, aunque el mar estaba muy fuerte, y por la tarde desembarcamos en dos isletas. Pasamos esta noche como la antecedente, y aquí estuvimos tres ó quatro dias. Luego que nos permitió salir el viento, nos dirigimos hácia el norte por una grande bahia, con la esperanza de que nos ofreceria algun pasage. Nuestros esfuerzos fuéron vanos, pues carecia de salida. Tuvimos que volver á tomar el mismo camino, sin haber encontrado que poder comer en todo aquel dia.

» Por este estilo pasamos

luchando con mar y tierra, hasta que precisados por el viento á ir costeando, arribamos á un cabo, desde donde se alcanzaba á ver una bahia muy grande, hácia el norte, y otro cabo mas distante hácia el oeste. Hicimos nuestros esfuerzos para llegar allá directamente; pero habiéndose levantado un viento muy fuerte, nos vimos en la precision de tener que volver al primer cabo, y asegurar nuestros dos barcos en una cala pequeña.

»Una mañana en que el tiempo se ponía malísimo, toda la gente saltó á tierra para buscar provisiones, sin quedar en cada buque mas

hombres que los indispen-
bles para guardarlos. Este
encargo se repartia entre
todos, y en esta ocasion me
tocó á mí en compañía de
otro. La chalupa estaba a-
marrada junto á nosotros.
Por la noche se aumentó el
viento, y las olas se estrella-
ban contra la playa. No de-
biamos descuidarnos; sin em-
bargo, agoviados de la fati-
ga nos quedamos dormidos.
Prontamente me despertá-
ron unos gritos; miré asus-
tado, y ví la chalupa tras-
tornarse y desaparecer jun-
tamente con William Ros,
quartelmaestre. Lo mismo
esperaba que me sucediese,
y para evitar mi muerte
cierta, tuvimos que apar-

tarnos de la playa, y pasar en alta mar el día siguiente.

»Mientras que nuestra gente estaba en tierra, Mr. Hamilton se encontró con un ternero marino enorme, ó mas bien un leon de mar. Le tiró dos valazos, y herido el animal, partió para él con la boca abierta. Hamilton le presentó la bayoneta y se la metió por la garganta con una buena parte del fusil, que se quebró tan fácilmente como si fuese una baqueta. A pesar de sus heridas escapó el leon de los nuevos golpes que se le iban á sacudir.

Habiendo perdido nuestra chalupa, y no pudiendo caber todos en la barca,

tuvimos que dexar quatro compañeros en aquella playa. Como que no se les dió mucho del abandono en que quedaban , tanto era ya lo que les habian desalentado los peligros y calamidades de toda especie ; y á mí me parece que casi todos nosotros hubiéramos manifestado la misma indiferencia. El capitan repartió entre estos pobres infelices armas y municiones. Quando partimos estaban en la playa , se despidiéron de nosotros , exclamando por tres veces , y gritando ; *god bless the King!* (guarde Dios al Rey!) de allí á un instante los vimos echar á andar hácia su desgraciado destino, ayudándose

unos á otros á subir á gatas por una cadena de peñascos. Si consideramos los obstáculos que tenían que vencer para gatear por aquel único camino, que aquella costa es inevitable, y que no tiene ninguna especie de marisco, debemos creernos que perecieron todos pronto y desgraciadamente.

»Fuimos remando á lo largo de la costa hácia el oeste, á fin de ver por segunda vez si lograríamos doblar el cabo; pero no era posible. Nuestros marineros llegaron á fuerza de remos, casi hasta los mismos peñascos, con riesgo de quedarse enterrados baxo las olas que parecían unas monta-

ñas. Creo que su intencion fuese la de acabar de una vez con tantas miserias, pues á ninguno, en medio de tan gran peligro, se oyó la menor palabra; por último, despues de tanto trabajo, tuvimos que volvernos á la primera altura desesperados de doblar el cabo. La noche sobrevino ántes de que volviésemos á entrar en la bahía en que habiamos abandonado nuestros quatro compañeros; sacrificio tan doloroso como necesario para la conservacion de los demas, pues todos hubiéramos perecido si hubiéramos entrado mas de diez y seis en un barco tan pequeño. Pusimos el nombre de *Mari-*

na á esta bahía: encontramos en ella tan alboratadas las olas, que toda la noche tuvimos que estar sobre los remos. Entónces nos vimos reducidos á la triste necesidad de tener que volvernos á nuestra isla de Wager para pasar allí lo restante de nuestra miserable vida, sin la menor esperanza de ver mas nuestra patria.

Antes de partir nos era indispensable proveernos de algunos becerros marinos, tanto para tener para esta travesía, como para quando llegásemos allá, muy seguros de que nos sería muy difícil el encontrar con que mantenernos. En virtud de

esto tomamos el partido de plantarnos en la laguna en que habíamos muerto algunos terneros ; pero no salimos de la bahia sin haber buscado con cuidado los desgraciados compañeros que habíamos dexado en la playa : si hubiéramos podido verlos estábamos resueltos á llevarlos con nosotros , aunque seguros de perecer todos juntos. En otro qualquiera tiempo hubiera sido esto una locura ; pero entonces ya estábamos resignados con nuestro destino que no creíamos distante. No pudimos encontrar otro vestigio de ellos que un fusil que vimos en la misma playa.

» Volviéndonos á la laguna tuvimos la fortuna de matar bastantes becerros, que asamos y reservamos para nuestra provision de mar. Mientras seguíamos andando por la ribera en patrullas separadas, nuestro cirujano, que iba solo, descubrió en un peñasco una caverna bastante profunda. Aunque parecia natural y silvestre no dexaba de notarse que la mano del hombre habia añadido algo en ella. Dudó á los principios el cirujano de entrar, receloso del recibimiento que allí podria tener, si es que estaba habitada; pero pudo mas la curiosidad que el miedo, y se metió por el agu-

jero á gatas, porque era har-
to pequeño. Despues de ha-
ber andado así por algun
rato, llegó á una sala espa-
ciosa que recibia la luz por
una claravoya que habia en
el techo. Enmedio de esta
sala se veía una especie de
féretro, hecho con unos pa-
los cruzados, y sostenido por
unos pilares de unos cinco
pies de altos. Sobre este fé-
retro habia tendidos cinco ó
seis cuerpos, que al parecer
habian sido depositados allí
hacía mucho tiempo, y no
habian padecido la menor
corrupcion. Estaban del to-
do descubiertos, y sus car-
nes en un estado de per-
fecta sequedad; pero no pu-
dimos adivinar si esto con-

sistiria en el arte, ó en las qualidades del ayre. El cirujano no encontrando cosa que poder comer en esta caverna, único objeto que le hizo baxar á ella, no se entretuvo en largas investigaciones que hubiera hecho gustoso en otros tiempos: volvióse á salir, y nos contó lo que habia visto; pero se me olvidaba decir, que sobre otra plataforma, debajo del féretro, habia otra fila de cuerpos depositados de la misma manera. Este parage era probablemente el cementerio de sus Príncipes ó caciques; mas lo que no alcanzamos es, de dónde los habian traído allí, porque no habia la menor señal de

ningun establecimiento de los indios por aquellos alrededores,

„Volvimos pues á atravesar la primera bahía para ganar el cabo que habíamos dexado el dia de Navidad, y nos hallamos en un estado del mayor abatimiento; porque en nuestra primera travesía en algun modo estábamos sostenidos por la esperanza de que nos acercábamos al fin de nuestros males. Ahora nos faltaba que recorrer el mismo círculo de desgracias, con la seguridad de una muerte inevitable é infeliz. ¡Cómo, en esta costa desierta adonde nos volvíamos, habíamos de dexar de morir de hambre! Ya había-

mos agotado todo el marisco, única especie de subsistencia que nos subministraba, y no podíamos esperar ningun auxilio de aquellos pocos indios; de modo que no es extraño que hubiésemos perdido toda esperanza.

»A pesar de los peligros y dificultades arrivamos á aquella isla que el capitán Cheap, un mes ántes, llamó de *Montrós*. Descansamos en ella por algun tiempo, donde nos manteniamos de gorsellas y de la provision que nos quedaba de becerro marino, aunque ya no fuese mas que carne podrida. Tres ó quatro veces intentamos salir de ella, y otras tan-

tas tuvimos que volver: tanta era la fuerza del mar! Por último, ó teníamos ya que morir allí de hambre, ó que hacernos al mar. Escogimos este último partido. A los tres dias volvimos á vernos en la isla de Wager, nuestro primer asilo. Ya hacia algun tiempo que no habiamos tenido mas alimento que unas yerbas de mar: quando partimos no podiamos imaginarnos que hubiese una situacion mas triste y dolorosa que la nuestra. Sin embargo, la echábamos ménos á nuestro arribo á la isla, ¡tan consumidos estábamos de fatigas, de miseria, y de hambre! Segun nuestras cuentas habia

dos meses largos que andábamos vagando por esta grande bahía, formada al norte por la tierra alta, que habíamos observado desde el monte de la Miseria.

» Nuestro primer cuidado, luego que llegamos, fué el de poner el barco en parage seguro. El era nuestro único arbitrio por lo tocante al mar. Despues nos fuimos á nuestras cabañas. La paja que las cubria nos ofrecía un abrigo contra la inclemencia del ayre. Pero ¡ cuánta fué nuestra admiracion! la entrada de una de ellas estaba cerrada con clavos. Echamos la puerta al suelo, y vimos en ella varios pedazos de hierro

arrancados de las ruinas de nuestro navío. De aquí inferimos que los indios habian venido en nuestra ausencia, y que estos no eran de aquella misma tribu que los que habian comerciado con nosotros, los quales no hacian ningun caso de este metal. Pues ¿cómo, ó desde que region habian venido? esto es lo que no sabíamos. Pero no podian apreciar ni conocer el uso del hierro, sino tratando con los españoles. Los salvages tienen regularmente una habilidad particular para robar á los extrangeros, por mas que entre ellos observen con rigor el derecho de propiedad. Lo cierto es que

habían saqueado nuestras cabañas: ántes de marcharse habian cogido los mejores muebles, es decir, los fardos de lienzo y paño. «

CAPITULO XI.

Encuentro de un cacique indio. Arribo de Biron y sus compañeros á la isla de Chiloa.

„ **A**lgunos dias despues de nuestra llegada abordáron á la isla dos canóas indias. Su sorpresa, al encontrarnos allí, fué igual á la nuestra. Entre estos indios habia un cacique de la tribu de Chonos, que habita

en las inmediaciones de Chiloa, isla situada sobre la costa occidental de la América, y el establecimiento mas meridional de los españoles sobre esta costa. Hablaba el español, pero con un acento tan salvaje, que ni los que sabian perfectamente esta lengua podian entenderle.

»Mr. Elliot, nuestro cirujano, le hablaba alguna cosa, y procuró decirle que nosotros queriamos, si era posible, pasar á alguno de los establecimientos de los españoles: que ignorábamos absolutamente el camino, y cómo podriamos procurarnos los víveres. Le prometió dar, si se queria encar-

gar de conducirnos, el barco, y todo quanto tuviere, en quanto llegásemos.

» Mucho le costó al cacique el consentir en ello. En fin, despues de haber hecho nuestros preparativos, nos embarcamos unas quince personas, con el cacique Martin y su criado Manuel. No hablaré de los trabajos de esta corta travesía; ganamos por último unas aguas dulces para desembarcar en la isla de Chiloa, aunque por la parte en que no está habitada.

Todo el dia siguiente estuvimos expuestos á una nieve muy espesa. El frio era el mas cruel; no teniamos medias ni zapatos; creimos

perder nuestros pies. El capitán Cheap estaba tan enfermo, que si hubiera tenido que hacer algunas leguas mas sin socorro, hubiera perecido.

» Me es imposible el describir la miserable situación en que nos hallábamos. Estábamos tan flacos, que apenas teníamos figura de hombres. ¡Quántas veces durante las noches mas frias, tendido sobre la tierra, á cielo raso, expuesto al hielo y nieve, me ví en la necesidad, para procurarme algun corto reposo, de tener que quitarme mis pobres trapajos, porque la corteza que los cubria me quitaba el sueño! El hambre no era tan

cruel para nosotros. El buen capitán Cheap, en orden á esto, era todavía mas digno de lástima que todos. No le era posible procurarse un instante de descanso. Habia perdido su memoria; no se acordaba de nuestros nombres; y ni aun del suyo propio. Su barba estaba tan larga como la de un ermitaño, y sus piernas hinchadas; pero á pesar de esto, no se veia en ellas mas que pellejo y huesos.

»Partimos de aquí por la tarde, y como á eso de las nueve ya vimos con la mayor alegría, que estaba cerca una casa. Era de un conocido de nuestro cacique. Como él llavaba mi fu-

sil, y todavía nos quedaba de reserva un tiro de municiones, me rogó que le dixese cómo se disparaba. Se puso muy derecho; vuelve quanto puede la cara hácia la espalda, tira del gatillo, y cae en el suelo de la Canoa. Como los indios no tenían ningun conocimiento de las armas de fuego, salieron de la casa y se escondieron en el monte. A poco rato uno de los mas atrevidos de ellos se subió á una altura y gritando con todas sus fuerzas, nos preguntó quienes eramos. Dándose entónces á conocer nuestro cacique, nos salieron todos al encuentro, y nos traxeron pescado y patatas con

abundancia. Estos fuéron los manjares mas delicados que habiamos comido despues de algunos meses. Concluida nuestra comida, fuimos aun dos millas remando, hasta una aldea donde desembarcamos. Aquí nuestro cacique metió tanto ruido, que alborotó todos los habitantes, nos hizo abrir las puertas de uno de ellos, y pusieron una gran lumbre, pues el frio era extremado, (porque estabamos en el mes de Junio, que es equivalente en este clima á lo mas riguroso del invierno). Desde este instante nos rodeáron infinitos indios, y á proporcion de que el cacique les iba contando nues-

tras desgracias, nos manifestaban mas atenciones. Sin embargo, no pudo decirles de qué nacion eramos. El nos lo habia preguntado varias veces; pero siempre le respondimos que veniamos de la Gran-Bretaña: palabras que no podia entender él. Si deciamos que eramos ingleses, como á la sazón estábamos en guerra con los españoles, temiamos que no nos hubiera querido llevar á Chiloa.

»En quanto arrivamos aquí, se habia enviado un proprio á Castro, ciudad no muy distante, para dar parte de nuestra llegada al corregidor español. Volvió á los tres dias con orden á los

caciques para que nos llevarán al lugar de su residencia.

» Quando entramos en casa del corregidor, estaba llena de gentes. Nos recibió con mucho aparato y rigurosa etiqueta. Pero por falta de intérprete no pudimos entender sus preguntas ni responderle.

» Despues de la cena con que nos favoreció, nos llevó el corregidor al colegio de los Jesuitas. Ibamos rodeados de soldados y pueblo. El colegio debia servirnos de cárcel, hasta que llegasen las órdenes del gobernador de la provincia, que vivia en Chaco, á treinta leguas de distancia. Encargó

el corregidor al padre Provincial que se informára de qué religion eramos, en caso de que tuviésemos alguna; y habiéndose retirado, se cerráron las puertas, y nos lleváron á una celda. En ella encontramos una especie de camas, tendidas sobre el suelo, y unas malas camisas; pero como estaban limpias, fué para nosotros este hallazgo el mejor tesoro.

»Ocho dias estuvimos en esta casa, al cabo de los quales oimos mucho ruido en la puerta; apénas se abrió, quando vimos entrar un oficial jóven con botas y espuelas: dixo á los padres que traia órden de llevar-

nos á Chaco, para donde partimos al momento.

»Habiendo llegado, se nos recibió con mucha política, y tuvimos libertad para ir á todas las casas donde nos convidaban. Entre las que con mas agrado y generosidad se nos recibia, debo contar la de un sacerdote anciano de los mas ricos de la isla. Tenia una sobrina, á quien él queria mucho, y habia de ser su heredera. La habia educado con particular cuidado, y era de las mas completas de las señoritas de Chiloa. No puedo decir que fuese una belleza, pero sí que era muy buena; esta solterita me hizo mas honor del que yo

me merecia. Llegó á proponer á su tio que me convirtiera á su religion para casarse conmigo. Consintió muy gustoso el buen sacerdote, y me lo dixo así; pero yo le hice ver que no me lo permitia mi situacion: le dí las debidas gracias, y expuse mis razones bastante bien para que no se creyeran vanas excusas, pues ya hablaba yo el español, á lo ménos para darme á entender.

CAPITULO XII.

*De Santiago, capital
de Chile.*

» **P**asado algun tiempo recibió orden el corregidor del señor gobernador de Chile para que nos conduxese á Santiago, su capital.

» A la sazón habia allí varias embarcaciones de Lima que despachaban sus cargamentos ; de modo que continuamente habia varios mulos de carga que llevaban y traian los géneros. El corregidor hizo venir á uno de estos ordinarios, y le mandó que nos llevase. Al quar-

to dia dormimos á quatro leguas de Santiago, viendo ya esta ciudad, donde nuestro conductor nos entregó al comandante de la guardia del palacio, y este al presidente Don Josef Manso, quien nos hizo un recibimiento muy político, y nos envió á la casa donde estaban ya alojados el capitán Cheap, y Hamilton. Su dueño era Don Patricio Gedd, médico escocés, quien hacía mucho tiempo que vivia en esta ciudad, y por sus talentos y carácter se habia merecido la amistad de los españoles. Luego que supo que habia unos prisioneros ingleses en la ciudad pasó á casa del Presidente á

pedirle su permiso para alojarlos en su casa. Así se le concedió, y en los dos años que estuvimos en ella, no tuvo otro cuidado mas que el de hacer que nos fuese cómoda y agradable. No puede darse otro señor mas humano. A los tres dias de haber llegado el Presidente nos convidó á Mr. Campbell, y á mí á comer con el almirante Pizarro, y todos sus oficiales: en el estado miserable en que nos hallábamos, todos estos favores nos servian de mortificación, y no podíamos excusarnos. Al dia siguiente nos visitó un oficial español llamado Don Manuel de Aguirre, y nos ofreció has-

ta dos mil doblones, esta oferta era tanto mas generosa, quanto que podia tener una esperanza muy dudosa de cobrarlos ; y el hacerla no tenia otro motivo sino el de su buen corazon. Le dimos las gracias , y no tomamos mas que unos ciento cada uno, que pagamos en letras de cambio contra el cónsul de Inglaterra en Lisboa. Nos vestimos muy decentemente á la española, y como estábamos prisioneros , baxo nuestra palabra de honor, íbamos á divertirnos donde nos parecia.

Santiago de Chile está situada á los 33 grados, 30 minutos de latitud meridional , al pie , y al oeste de

la cadena de montañas que llaman cordilleras. Está en una bella llanura de unas 30 leguas de extension. Fué fundada la ciudad por Don Pedro Baldivia, conquistador del reyno de Chile, y la dividió por el plan de Lima en varios quadros. Cada casa rica tiene su patio, sus puertas cocheras, y su jardin; y cada calle su arroyo que corre entre dos parapetos; de modo que se refrescan y riegan las calles quando se quiere, y lo mismo los jardines. Toda la ciudad está muy bien empedrada: los jardines están llenos de naranjos, y de toda especie de flores que perfuman las casas, y aun las

calles. Las iglesias están muy adornadas con oro y plata: la catedral y el palacio episcopal están al oeste de la ciudad. Las casas por lo común no tienen mas que un solo alto, á causa de los terremotos que son allí muy frecuentes ; pero la fachada es de mucho gusto.

CAPITULO XIII.

Vuelta de Biron á Inglaterra.

„ **A**cabábamos de recorrer de un modo tan nuevo como inaudito por entre la embocadura del estrecho de Magallanes, y la capital del reyno de Chile, una soledad inmensa; region que no puede compararse con otra ninguna parte de nuestro globo, en quanto á que no hay en ella frutas, granos, ni aun raices, propias para sostener la exístencia del hombre: region por la que el mar que ba-

ña sus costas es tan estéril como las tierras, y que además no ofrece sino una playa inhabitable, combatida sin cesar de las tempestades, y casi tan estéril como la misma tierra.

»A los dos años de nuestra residencia en la ciudad de Santiago nos pusimos á bordo de la *Zys*, fragata que era de Saint-Malo. Debíamos pasar por la Concepcion á fin de juntarnos allí con otros tres buques franceses cargados para Saint-Malo. Era por el tiempo en que mas dominan en aquella costa los vientos del Sur; de modo que tuvimos que dirigirnos hácia el oeste por la parte de la isla de Juan

Fernandez. El 6 de Enero de 1745 echamos áncoras en la bahía de la Concepcion, y el 31 de Octubre nos hallábamos ya en la rada de Brest, donde no se nos permitió á otros tres ingleses y á mí saltar en tierra.

»Unos ocho dias nos tuvieron en esta situacion, quando vimos aproximarse al nuestro bordo una especie de galera, donde habia muchos ingleses, hechos prisioneros por unos corsarios franceses. Se nos hizo pasar con ellos, y volver á subir la ria unas quatro leguas hasta Landernau, en cuya ciudad nos dexáron prisioneros de guerra, baxo nuestra palabra de honor. To-

mamos el mejor alojamiento que nos fué posible, y hacia tres meses que estábamos allí, quando llegó una órden de la corte de España, para que se nos pusiese en libertad.

»De resultas de esto, nos pasamos á Morlaix, de donde debia partir un navío holandés; y aunque tardó tres semanas, le pagamos anticipadamente para que nos desembarcara en Douvres.

Nuestra travesía fué larga y enfadosa; pero á los nueve dias vimos ya á Douvres al salir el sol, y allí un navío de guerra inglés llamado el *Ardilla* al mando del capitan Mattersson, que nos envió

un oficial con su chalupa para que nos recogiera, y desembarcára, lo que se verificó por la tarde; y al punto tomamos caballos de posta para Cantorbery. Al día siguiente, no hallándose el capitán Cheap en disposición de poder continuar así la marcha, acordamos que Mr. Hamilton y él irían en una silla de posta, y yo continuaria á caballo. Aquí nos paró una circunstancia bastante lastimosa; pues después de haber juntado y partido entre nosotros con igualdad nuestro dinero; nos hallamos con que no llegaba para los gastos de este viage: apenas bastaba mi parte para pagar los caballos;

por consiguiente no me quedaban mas que dos quartos para comer y pagar los portazgos; pero en fin, yo los pasaba á galope sin querer oir los gritos de los guardas. Quando entré en el arrabal de Lóndres cogí un coche simon que me llevase á la calle de Malborough, donde vivian unos amigos míos quando salí de Inglaterra; pero me encontré con la puerta de la casa cerrada. Hacia ya mucho tiempo que estaba yo ausente, y ni habia dado á nadie noticias de mí, ni las habia tenido de ninguna persona; de modo que ni sabía si vivian aun mis padres, ni adonde me habia de ir á apear y á pedir para

pagar mi Simon. Me vino á la memoria el nombre de un mercader, que vivia cerca de allí, y donde compraba mi familia los paños. Al punto pasé á visitarle y se pagó mi coche. Me informé de la situacion de mis gentes, y me dixéron que mi hermana estaba casada con Lord Carlisle, y que vivia en la calle de Soho-Square; fuí luego allá, y llamé á la puerta; pero mi figura no le acomodó mucho al portero, de modo que si yo no le hubiera instado con fuerza, me hubiera dado con la puerta en los hocicos.

» Está demas que diga yo á mis lectores el gusto y la alegría con que me recibió

mi buena hermana. Me dió inmediatamente dinero, y quanto necesitaba para presentarme á mis conocidos. En su amable compañía tuvieron fin todas las desgracias que padecí durante mis cinco años de ausencia.

CAPITULO XIV.

Particularidades de los Patagones , extractadas del viage del capitán Wallis.

Encargado de mi comision con fecha de 19 de Junio de 1766 me puse á bordo del *Delfin*; hice entrar en él toda la tripulacion; pe-

ro no tomé, según las órdenes que se me habían dado, ningunos criados, ni para mí, ni para la oficialidad.

El 16 de Agosto determiné hacerme á la vela tomando el *Eslop*, la *Golon-drina*, y el *Príncipe Federico*, navío de provision. El 6 de Diciembre como á las quatro de la tarde estábamos cerca del Cabo de la vírgen María, sobre la costa de los Patagones. Vimos varios de ellos á caballo que nos hacian señas para que nos acercásemos: á la media hora echamos áncoras en una bahía, cerca de la parte meridional del Cabo. La *Golon-drina*, y el navío que llevaba las provisiones anclá-

ron entre nosotros y el Cabo.

Los naturales del pais estuviéron toda la noche haciendo grandes hogueras al frente del navío, y de quando en quando daban muchos gritos. Al amanecer vimos que varios de ellos nos hacian con muchos movimientos señas de que nos acercásemos. Como á eso de las cinco mandé á las lanchas de la *Golondrina*, y del *Príncipe* que pasasen á tomar tierra (y eché tambien la mia) bien provistas de gentes con armas, y de remeros: me avancé hácia la playa, despues de haber encargado al contramaestre que tuviese los costados del navío vueltos hácia la costa,

con los cañones prontos y cargados á metralla. Abordamos allá como á la seis: ántes de baxar de la chalupa hice señas á los naturales de que se retiráran á alguna distancia, lo que hicieron en efecto: entónces baxé con el capitan de la *Golondrina*, y otros varios oficiales. Tambien saltáron á tierra los marineros, y se amarráron las lanchas á la playa.

Hice señas á los naturales de que se acercáran y se sentasen en un semicírculo, y lo hicieron así con mucha alegría. Despues de esto les repartí algunos cuchillos, tixerás, botones, collares, y otras vagatelas, y á las mugeres particular-

mente cintas , que tomáron con mucho gusto y respeto.

Habiéndoles ya hecho mis regalos , procuré darles á entender que tenia aun otros objetos para cambiar con ellos , y les enseñé anzuelos , corchetes y otras cosas , manifestándoles que se las daria por avestruces , y otros víveres que tenian , y se los señalaba yo con el dedo , haciendo tambien demostraciones de que tenia necesidad de comer ; ó no pudieron , ó no quisieron entenderme : yo veía claramente que les gustaban mucho mis géneros ; pero no entraban en darme sus provisiones ; así se acabó nuestro comercio ántes de empezarle.

Así las mugeres como los hombres cada qual tenia su caballo con silla, espuelas, y bridas. Las espuelas de los hombres eran de madera, solo uno las llevaba de hierro con un grande espadon español sin yayna; pero á pesar de esta distincion no manifestaba tener autoridad sobre ellos. Los caballos parecian bien formados y vivos.

Tambien tenian perros que parecian de raza española, igualmente que los caballos.

Como yo tenia una vara de medir, medimos á los que nos parecieron mas altos. Uno de ellos tenia seis pies y siete pulgadas, y muchos seis pies, y de cinco á seis pul-

gadas; pero la talla regular era de cinco pies y diez pulgadas hasta los seis pies.

Tienen un color obscuro que tira al del cobre, al modo del de los indios de la América meridional: los cabellos lisos, y casi tan duros y gruesos como la cerda. Se los atan por detras con un cordon de algodón; pero ni las mugeres ni los hombres llevan ninguna especie de peynado. Son bien formados, robustos, y fornidos, y tienen los pies y las manos muy pequeñas.

Están vestidos de pieles de guanacos que cosen juntas para darlas unos seis pies de largura, y cinco de ancho. Se envuelven así todo

el cuerpo, al qual se atan un cinturón. Algunos de ellos tenían también lo que los españoles llaman *poncho*, hecho con el pelo del *guana-co*, que es un animal que por su talla, corpulencia, y color se parece al gamo; pero tiene una corcoba sobre la espalda.

Notamos en muchos de ellos que tenían en el ojo izquierdo un óvalo pintado de encarnado; otros se habían hecho pintar los brazos, y algunas partes del rostro. Todas las mugeres jóvenes tenían sus párpados pintados de negro.

Todos llevaban en su cintura una arma de tiro: consistía en dos piedras redon-

das , cubiertas con un cuero que cada una pesaria una libra , y atadas á los dos cabos de una cuerda de unos ocho pies de largo. Se sirven de ella como de una honda. Con una mano cogen la punta de la cuerda , y dan vueltas con la otra punta al rededor de la cabeza , hasta que creen que ha cogido ya bastante fuerza , y despues la arrojan al blanco que se proponen. Son tan diestros en el manejo de esta arma , que á la distancia de treinta varas pondrán las piedras en un blanco como de una pieza de dos quartos.

Miéntras estuvimos en tierra los vimos comer la carne cruda, particularmen-

te las tripas de un avestruz, sin mas condimento que volverla, y sacudirla. Tenian tambien algunas cuentas de collar como las que yo les habia dado, y dos piezas de un cobre encarnado. Me persuado á que se las habria dexado el Comodoro Biron en algun parage poco distante de esta costa.

Despues de haber estado unas quatro horas con ellos, les hice señas de que me iba ya, y que si querian podian venir algunos á bordo de mi navio. Apénas me comprehendiéron, quando se valiéron de esta ocasion hasta unos ciento de ellos para visitar el navio; pero no quise llevar mas que

ocho personas. Saltaron á la chalupa con tanta alegría, como tienen los chicos al salir de la escuela. Como no tenían intencion de hacernos ningun daño, tampoco temian que pudiéramos hacérselo.

Cantáron varias de sus canciones en el barco, y luego que llegamos al navío, ni manifestáron ningun sobresalto, ni la curiosidad que esperábamos que recibiesen al ver unos objetos tan extraños como maravillosos. Yo les llevé á la gran sala, donde miráron todo lo que habia con bastante indiferencia, hasta tanto que uno de ellos se encaró con un espejo. Sin embargo, no le con-

movió esto, sino como quando nosotros llegando en sueño á hablar con un difunto nos le representa nuestra imaginacion volando ó andando por las aguas; pero sin considerar que faltan todas las leyes de la naturaleza. Aun así el espejo les divertió mucho. Ellos se acercaban, retrocedían, brincaban, y hacían delante de él mil gestos, hablándose á gritos, y con mucho entusiasmo. Les dí carne de baca, tocino, bizcocho, y otras cosas de las provisiones nuestras. Comieron indistintamente de todo; pero no quisieron otra bebida sino agua. Los llevé por todo el navío, pero ninguna cosa me-

reció tanto su atención, como los animales que teníamos para nuestro alimento. Los cerdos y carneros les pararon su atención. Pero lo que les gustó muchísimo fué la gallina de Guinea, y el gallo de indias.

No manifestáron que les acomodase cosa de las que viéron mas que nuestros vestidos, y un viejo fué únicamente el que hizo la petición. Le dimos un par de zapatos y hevillas. Entre los demas repartí un saco con agujas, hilo, tixeras, pey-nes, un espejo, realitos de vellon, y una pieza de dos quartos que estaba agujereada, y la puse una cinta para colgársela á uno al cuello

como si fuese un collar.

Les ofrecí tabaco de hoja: fumáron un poco, pero no les gustó.

Les enseñé los cañones, cuyo uso diéron á entender no conocian. Despues de haberles hecho ver el navío, mandé á los marineros que puestos en órden manióbrasen. A la primera descarga, los salvages hasta entónces indiferentes á todo, se sobrecogiéron de terror y susto, particularmente el viejo que se dexó caer sobre el puente. No dexaba de señalar á los cañones con el dedo, y dándose con la mano en el pecho estuvo inmóvil, y con los ojos cerrados. Supongo que nos quer-

ria decir que no conocia las armas de fuego, ni sus crueles efectos. Los otros, como nos veian alegres, y no se sintieron heridos, volviéron á su buen humor, y oyéron ya sin conmovirse mucho la segunda y tercera descarga; pero el viejo continuó tendido sobre el puente, y no se sosegó hasta que cesó el fuego.

Como al mediodia habiéndose retirado la marea, les hice señas de que el navío iba á partir, y era fuerza que se retirasen á la costa. Llegué á notar que no les acomodaba la propuesta. Sin embargo, todos ménos el viejo y otro habian ya baxado á la chalupa; pero

se detuviéron á la mitad del camino, y estaban de pie sin proferir la menor palabra. Quando por segunda vez les hice señas para que saliesen, el hombre tendió su mano hácia el sol, despues volviéndola al oeste, se paró, me miró al rostro, se rió, y señaló la playa. Yo atribuí esto á que me queria dar á entender que deseaba estar á bordo hasta la caida de la tarde, y me costó bastante el manifestarle que no podiamos estar mas tiempo en aquella costa.

Quando ellos desembarcaban, otros muchos se apresuraban por entrar en la chalupa; pero no se lo permitió el oficial, porque tenia

órden en contrario, lo que sintieron mucho.

Quando volvió la chalupa al navío, la volví á enviar con el contramaestre para sondear el escollo, que sale del cabo. Su dictámen fué que desde el norte al sur, se extendia tres millas, y que para evitarle, había que retirarse del cabo quatro millas; que el agua tenia allí de doce á trece toesas de profundidad.

CAPITULO XVI.

*Descubrimientos del capitan
Wallis.*

El 6 de Junio de 1767 el capitan Wallis descubrió una isla de unas quatro millas de largo, y tres de ancho. Como esto fué la víspera de Pentecostés, la llamó así. Al dia siguiente descubrió otra, á la que nombró la isla de la *Reyna Carlota*. Sus habitantes (dice el capitan) tienen una estatura mediana, la tez negra, y los cabellos del mismo color les caen por las espaldas. Esta isla es de unas seis

millas de extension y de una de ancho.

De allí á algunos dias descubrió tambien otras varias isletas, á las que puso los nombres de *Egmont*, de *Glocestre*, de *Cumberland*, del *Príncipe Henrique Guillermo*, y de *Osnabruk*.

El 19 de Mayo descubrió la isla de *Otahiti*, y despues de haber dexado esta el 28 de Julio de 1767 descubrió otra de unas seis millas de largo, á la que nombró *Cárlos Saunder*, y el 3 del mismo mes otra de diez millas de largo, sobre quatro de ancho, á la que puso por nombre *Lord Howe*.

Despues de haber des-

cubierto otras muchas isletas á una de las quales llamó de *Wallis*, arriuyó á Batavia el 16 de Noviembre; al cabo de Buena-Esperanza el 4 de Febrero de 1768; y el 20 del mes siguiente entró en Inglaterra.

CAPITULO XV,

Descubrimientos del capitan Carteret.

El capitan Carteret mandaba la *Golondrina*, en la expedicion del capitan Wallis; habiéndose separado del pasó el estrecho de Magallanes, descubrió el 2 de Julio de 1767 una isla que lla-

mó la isla de *Pitcairna*, de unas cinco leguas de circunferencia. Está situada al oeste de la América.

El 11 del mismo mes descubrió otra, á la que puso por nombre el *obispo de Osnabruk*, y á la mañana siguiente otras dos isletas, nombrándolas las islas del *Duque de Glocester*.

En el mes siguiente descubrió la isla de *Sir Carlos Hardi*, á la distancia de unas diez leguas en la direccion del sur-este. Después de haber descubierto otras, dobló el cabo de Buena-Esperanza para volverse á Inglaterra, donde llegó en el mes de Marzo de 1768.

CAPITULO XVII,

Particularidades de las islas Maluinas ú de Falkland, por el capitan Bougenville.

En el mes de Febrero de 1764 empezó la Francia á hacer un establecimiento en las islas Maluinas ó de Falkland. La España las reclamó como dependientes del continente de la América meridional; y habiendo sido reconocido su derecho por nuestro Soberano, recibí la órden para entregar nuestro establecimiento á los españoles, y pasarme á

las indias orientales, atravesando el mar del Sur por entre los Trópicos.

Se me confirió para esta expedición el mando de la fragata la *Boudeuse*, y debía yo entregarme también en las islas Maluinas de la *Estrella*, buque destinado para llevarme las provisiones; el haberse retardado la incorporación de este buque conmigo, me obligó á tardar en mi viage ocho meses mas.

El 5 de Noviembre bajamos desde Painbeuf á Mindin para acabar de equipar la *Boudeuse*. El 17 nos hicimos á la vela para el rio de la Plata. Aquí debía ya encontrar dos fragatas es-

pañolas la *Esmeralda* y la *Liebre*, partidas del Ferrol en 17 de Octubre, y cuyo comandante debia posesionarse de las islas Maluinas á nombre del Rey.

Un pais que hace poco que está poblado ofrece siempre varios objetos curiosos aun para los que no estan versados en la historia natural.

La primera vez que arriivamos á estas islas, no notamos en ellas ningun atractivo, sino el de la bondad del puerto en que entramos: no vimos ninguna cosa que debiese deternernos en una tierra que nos parecia ingrata y estéril. El horizonte estaba rodeado de unas montañas

peladas, y de una tierra maltratada por el mar. Sus campiñas son de una vista triste ; no hay ningun bosque para alivio de los hombres, que intentasen establecerse allí por la primera vez : todo aquello no ofrece mas que un basto y profundo silencio , que de quando en quando interrumpen los bramidos de los monstruos marinos ; y para dar fin de una vez á esta horrorosa pintura, allí no se vé mas que la uniformidad mas triste.

Mas el tiempo y la experiencia nos enseñáron que no hay cosa tan mala que no se pueda sacar de ella utilidad á fuerza de trabajo

y de constancia, voy á poner aquí los arbitrios que nos presentó la naturaleza, que los tenia como enterrados baxo el aspecto feo de la falta de variedad: algunas bahías grandes que ponian los montes al abrigo de los vientos; unos prados cubiertos de ricos pastos que estaban esperando numerosos rebaños: no hay disputas para asegurarse allí su propiedad, ni se vé animal cuya rabia ó veneno hubiese que temer. Habia una numerosa multitud de amphibios muy útiles, y de aves y peces del gusto mas delicado: muchos combustibles que suplían los árboles: plantas en gran número, y co-

Tom. V. I

nocidas por los mejores específicos contra las enfermedades á que están mas expuestos los marinos: un clima sano , y de un temple moderado , mas saludable que el de esas regiones en que la abundancia viene á ser dañosa , y donde el calor destruye todo principio de actividad. Estas circunstancias borraron prontamente las impresiones que hizo en nosotros el primer aspecto de la isla : el buen éxito justificó nuestra empresa.

CAPITULO XVIII.

De Batavia.

Quando llegamos á Batavia habia en la rada trece ó catorce navíos de la compañía holandesa.

Al tercer dia fuimos á hacer una visita toda la oficialidad al General, despues de habernos hecho anunciar por el *Sabandar*, que es el introductor de los extrangeros.

Los principales veciuos de Batavia nos favoreciéron con mil atenciones, dándonos funciones magníficas, tanto en el campo como en

la ciudad; pero lo que mas nos admiró fué, que á pesar de la grande concurrencia de tantas gentes de diferentes usos, costumbres, religiones y trages no formaban mas que una sola sociedad: esto encantaba la vista, instruía al navegante, y aun interesaba al filósofo.

Tambien hay un teatro bastante bueno: nosotros no pudimos juzgar de las piezas que se representaban en él mas que por la inspeccion del teatro mismo. Como no entendiamos la lengua, no fuimos mas que una vez. Con el idioma chino nos sucedia lo mismo que con el holandés; sin embargo, nos divertia mas la comedia

chinesca. Además de los dramas principales que se representan en un teatro, cada calle, en el barrio de los chinos, tiene su tablado en un rincón, donde se representan diariamente ciertas piecitas y pantomimas.

Así como el pueblo romano no pedía más que pan y espectáculos, igualmente los chinos no quieren más que comercio y farsas: pero Dios me libre de volver á oír la declamación de sus actores y actrices, y el acompañamiento de su música instrumental. Toda se reduce á un largo recitado, que sería lo más ridículo del mundo sino fuesen todavía más sus gestos. Sin embar-

go, debo advertir que aunque he dicho actores, son tambien mugeres las que hacen los papeles de hombre; pero añado (y saque el lector la consecuencia que quiera) que he visto en el teatro chino aplausos y palmas de tanto estrépito, como en el teatro italiano de París.

No podiamos dexar de ver los alrededores de Batavia. Ningun europeo, por mas acostumbrado que esté al buen gusto de las capitales mas suntuosas, dexaria de admirar la magnificencia de las casas de campo de las cercanías de Batavia. Están llenas de jardines en que se vé el gusto

y la limpieza que caracterizan todas las posesiones holandesas. Aseguro sin exâgeracion que exceden estas inmediaciones de Batavia á las que tengo vistas en las mejores ciudades de Francia, y que casi igualan á las de París.

Aunque á la verdad es hermosa esta ciudad, no corresponde con sus inmediaciones. Está bien construida, pero no se ven en ella muchos edificios grandes. Las casas son cómodas y agradables: las calles grandes y adornadas con un buen canal y dos filas de árboles, dirigido todo á procurarlas sombra y limpieza.

Estos canales mantienen

una humedad que perjudica á la salud, particularmente de los extranjeros. Tambien se dice que el agua es mal sana, particularidad que hace que los ricos no la beban, y se la hacen traer á mucha costa de Seltz.

No intento dar una descripción exâcta y particular de Batavia. Podrá formarse idea de lo que es esta plaza, con decir que está construida por el gusto de las ciudades mas bellas de Holanda, sin mas diferencia que no tienen aquí las casas mas que un solo piso, á causa de los terremotos.

Se merece la mayor atención el soberbio luxo que

domina en Batavia; pero no hay cosa que pruebe mas la opulencia de sus habitantes que el gusto y magnificencia que reynan en lo interior de sus casas. Se dice que Batavia no tiene hoy tanta extension como ántes. Hace algunos años que la compañía ha prohibido á los particulares hacer el comercio entre las dos indias, lo qual era la causa de una inmensa circulacion de riquezas; pero aun así lo que sé es, que las personas empleadas en su servicio tienen el arte de saber sacar de sus empleos las treinta, quarenta, ciento, y aun las doscientas mil pesetas anuales, ademas de las mil y qui-

nientas , tres mil , y aun seis mil que tienen de sueldo.

La compañía tiene asalariados casi todos los vecinos de Batavia ; sin embargo , es muy cierto que el precio de las casas , tanto de la ciudad como de campo ha baxado mas de dos tercios ; pero sea la que se quiera la causa , Batavia continuará siendo siempre mas ó ménos rica , tanto por los medios secretos de que he hablado , como por la dificultad de realizar en Europa las grandes fortunas que se hacen en esta ciudad.

Allí no hay mas medios para hacer pasar las riquezas á Holanda , que por la compañía , que se encarga de

ello, con el interes de un ocho por ciento. Esta se vale del Emperador de Java para acuñar una moneda que pasa por toda la india.

En ninguna parte del mundo hay ménos confusion en las diferentes clases del pueblo que en Batavia: cada uno tiene su rango señalado, y fixo de un modo inalterable por alguna señal exterior. Aquí se observa la etiqueta con mas rigor que en qualquiera junta de Europa. Las clases mas distinguidas son: la alta regencia, la corte de justicia, el clero, los empleados de la compañía, los oficiales de marina, y el militar que es el último de todos.

La alta regencia comprehende al General que la preside , los consejeros de Indias , cuyo título es *Edele-Itheren* , el presidente de la corte de justicia , y el *Schout-bi-Nachi*. Los consejeros de Indias son hoy diez y seis; pero no todos residen en Batavia : unos tienen á su cargo el gobierno del Cabo de Buena-Esperanza , otros el de Ceylan , de la costa de Coromandel , de la parte oriental de Java , de Macassar , y de Amboyna , &c.

La corte de justicia sentencia en última apelacion las causas civiles y militares. Hace unos veinte y quatro años que condenó á muerte á un gobernador de Ceylan.

Despues de los gobiernos el empleo mas considerable y lucroso es el de comisario del pais. Este juez tiene toda la inspeccion de todo lo que corresponde á los dominios de la compañía en la isla de Java, y aun se extiende sobre las posesiones y conducta de varios soberanos de la isla: su jurisdiccion es absoluta igualmente sobre los javanos que dependen de la compañía.

La policia que se observa con estos es muy severa, y se castiga con todo rigor la menor falta. La constancia de los javanos para sufrir los tormentos mas crueles es increíble: por enormes que sean sus delitos, ja-

mas se les hace cortar la cabeza ; y ántes de ajusticiarlos hay que ponerles calzons blancos. Si la compañía les negase esta complacencia, comprometeria su autoridad, y se sublevarian los naturales ; porque segun su religion creen que se les recibiria mal en el otro mundo si llegasen á él sin calzons ó pantalones blancos, y sin cabeza. Uno de los artículos principales de su fé es , que el despotismo no puede extenderse hasta el otro mundo.

Otro empleo de los de mayor consideracion es el de *Sabandar*, ó ministro para los extranjeros : hay dos de ellos , el *Sabandar* de los

christianos, y el de los paganos. El primero es para los extranjeros europeos, y el segundo para las diferentes naciones de la India, comprendidos los chinos. Estos son los corredores del comercio interior de Batavia, donde hay en el día mas de cien mil: á su cuidado y fatigas se ha debido la abundancia que de algunos años á esta parte ha habido en los mercados de Batavia.

La clasificacion de los empleos de la compañía es por lo comun la siguiente: *asistente, tenedor de libros, comerciante menor, comerciante mayor, y gobernador*. Todos estos grados ci-

viles tienen su uniforme, y los grados militares tienen una especie de correspondencia con ellos ; así el título de comerciante mayor (pongo por exemplo) corresponde al de Sargento mayor : el de menor al de capitán, &c. ; pero los militares no pueden llegar á tener ningun cargo ó empleo en la administracion sin mudar ántes de estado.

Bougainville.

CAPITULO XIX.

Del comercio de Batavia.

Batavia es el almacén ó mercado de todas las producciones de las Molucas. Aquí se transportan todas las especerías que allí se recogen: se envían á Europa las necesarias para su consumo, y se quemán las restantes. Este comercio forma las riquezas, y asegura la exístencia de la compañía por sí solo: por este medio sostiene los gastos inmensos que hace, y remedia el robo de los que tiene empleados, que importa tanto co-

me los mismos gastos : en cuya consecuencia dirige sus cuidados al comercio exclusivo y al de Ceylan.

Bougainville.

CAPITULO XX.

Del capitan Cook.

El capitan Jacobo Cook nació el 26 de Octubre de 1728 en Martón , pueblo pequeño del condado de York. Su padre , criado de un administrador de rentas , se casó con una igual suya ; y ambos se adquirieron la estimacion general por su hon-

radez, su conducta y sobriedad.

Al jovencito Cook, ántes de cumplir sus trece años de edad, se le puso de mancebo aprendiz en casa de un mercader en Staiths, pequeña ciudad de pescadores, distante diez leguas de Witly; pero estuvo aquí poco tiempo. El frecuente trato que tenia con los marinos, fortificó su inclinacion hácia este estado: habiendo tenido cierta reyerta con su amo, se ajustó por siete años con los SS. J. y A. Walker de Witby, que eran kuácaros, y tenían siempre dos navíos empleados en el comercio del carbon.

Concluido el tiempo de

su ajuste , se volvió á quedar en el mismo servicio de simple marinero ; y llegó á ser contramaestre de uno de los dos buques de Mr. Walker. No se advirtió cosa alguna notable en todo este tiempo , ni en su genio, ni en su conducta, y tampoco dió señas de aquel gran talento, que le elevó despues á la clase de los mas célebres navegantes , y que inmortalizó su nombre.

Se habia declarado la guerra entre la Francia y la Inglaterra por la primavera del año de 1755. El almirantazgo dió sus órdenes para reclutar marineros: á los principios quiso esconderse Cook ; pero pen-

sando que le sería muy difícil seguir oculto, determinó sentar plaza voluntariamente en la real marina: en cuya consecuencia fué á verse con el oficial del *Aguila*, y se engancho. En el mes de Octubre del mismo año, se le dió el mando de este navío de sesenta cañones á Hugo Palliser, quien tuvo ocasion de observar el cuidado y honradez de Cook en el cumplimiento de su obligacion. En fuerza de las declaraciones de la oficialidad á su favor, le instó el capitán á que continuase, prometiendo ascenderle.

De allí á algun tiempo, Mr. Osbaldeston, que era representante de la ciudad

de Scarborough en el parlamento, habiendo oido hablar del mérito de Cook, y de las esperanzas que el capitán, y demás oficiales le habian dado de adelantarle, escribió al capitán Palliser, preguntándole qué medio habria para contribuir á sus ascensos. El capitán en su respuesta hacía justicia al carácter de Cook; pero añadía, que á pesar del gran deseo que tenia de hacerle oficial, no podia, porque no habia bastante tiempo que servía en la marina; pero que comprándole un despacho de maestro, se le facilitaría su ascenso.

El 10 de Mayo de 1759 consiguió ya este despacho,

con destino al Eslop el *Grampus*; mas tampoco pudo ejercer las funciones, porque el maestro de este buque volvió á él improvisamente. A los quatro dias fué ya maestro del *Garland*; pero como este navío acababa de hacerse á la vela, no pudo ponerse á bordo. En fin, el 15 de Mayo se le nombró para el *Mercurio*, destinado para la América meridional: debía juntarse con la esquadra mandada por Carlos Saunders, que bloqueaba por mar á Quebec, de acuerdo con el general Wolf, que la situaba por tierra. Miétras se estaba en este sitio memorable, se creyó que se debía son-

dear el canal del rio San Lorenzo, en frente del campo de los franceses, mandado por Montmorency, y Beaufort, á fin de que el almirante pudiese estacionar la flota á la vista del enemigo, y cubrir la armada inglesa en un ataque proyectado contra el campo francés. Esta operacion de sondear el canal, era tan peligrosa como útil; se le propuso á Cook, y la hizo con toda la destreza posible; pero no sin mucho riesgo. No pudiendo hacerse esta empresa sino de noche, á pesar de esto, fué descubierto por el enemigo, que destacó varias canóas de indios para rodearle, y no tuvo mas tiempo que el pre-

ciso para ganar la playa de la isla de Orleans, junto al cuerpo de guardia del hospital inglés. Los enemigos le andaban ya tan cerca, que apenas hubo saltado en tierra, quando se entraron en la chalupa, y se la llevaron en triunfo. Antes de esta época apenas habia tenido en sus manos Cook un lapicero; pero su disposicion natural era tal, que sobresalia en quanto queria emprender. A pesar de tantos obstáculos como tuvo que vencer, presentó su plano del canal y sus profundidades, tan perfecto como hubiera podido hacerle el mejor ingeniero en tiempo de paz.

Debemos tambien hacer aquí mencion de otro servicio importantísimo que él hizo miéntras estuvo en América. La navegacion del rio de San Lorenzo es tan dificil como peligrosa, y lo era muy particularmente para los ingleses que no conocian esta parte de la América meridional, ni tenian cartas exâctas con que poder contar. El Almirante que tenia ya pruebas del talento de Cook, le encargó que verificase la parte del rio por mas abajo de Quebec, que segun los navegantes es la mas peligrosa. El lo hizo con tanta prontitud é inteligencia, como habia manifestado en la primera oca-

sion. Quando concluyó este mapa le hizo publicar con las sondas y direcciones que debian seguirse para navegar por allí: se halló en efecto tan exácto, que no ha habido que levantar otro.

Despues de la expedicion de Quebec pasó Cook en qualidad de maestro al *Northumberland* el 22 de Septiembre de 1759. Lord Colvill, comandante de este navio, pasó el invierno siguiente en Halifax, y la conducta de Cook, en esta nueva estacion, le mereció su estimacion y amistad. Persuadido á que se hallaba en la senda que conduce á los honores, se entregó todo el invierno al estudio de los

conocimientos que creyó indispensables para sus adelantamientos; repasó á Euclides, y estudió la Astronomía. Tenia muy pocos libros, pero los suplían su aplicación y su industria.

En el mes de Septiembre de 1762 vino á Terra-Nova á bordo del *Northumberland* para ayudar á volver á tomar esta isla. Después de haber conseguido el fin, la flota inglesa se quedó algunos dias en Plasencia para ponerla en mejor estado de defensa. En este tiempo tuvo aun Cook la ocasion de dar una prueba de su zelo por el bien de su patria. Levantó el plano del puerto, y de las alturas, con lo que se

dió á conocer al Almirante Graves, comandante del *Antelope*, y Gobernador de Terra-Nova: habiéndole hecho el Gobernador varias preguntas con motivo de su trabajo, le gustáron tanto sus respuestas, que formó la mejor idea de sus talentos y conocimientos náuticos, y el tiempo corroboró su opinion. Dotado Cook de un genio activo, alentado por el buen éxito que habia logrado siempre, y por la esperanza de sus adelantamientos, se dió enteramente al exámen y conocimiento de la costa de América, y á facilitar mas su navegacion. El capitán Graves le dió nuevas pruebas de su estimacion, y to-

dos los oficiales mayores hicieron justicia á su buena conducta.

A últimos de 1762 volvió Cook á Inglaterra, y el 21 de Diciembre se casó en Barking con una jóven, llamada Batts, á la que amó con ternura, y de quien merecia la estimacion. Pero el estado que profesaba, y los importantes servicios que le llamaban, no le permitiéron por mucho tiempo disfrutar de la felicidad conyugal.

Habiéndose hecho la paz en 1763 entre la Inglaterra, Francia y España, el capitan Graves fué enviado otra vez á Terra-Nova de gobernador. Como la impor-

tancia de esta isla, por lo tocante al comercio, habia ocasionado la guerra última, representó el capitán Graves que se necesitaba formar un plano de las costas circunvecinas, é hizo confiar á Cook la direccion de este trabajo, en cuya consecuencia partió con el gobernador, levantó el plano de las islas pequeñas de San Pedro, y de Miguelon, que se cediéron á los franceses en virtud del tratado, despues de lo qual, se volvió á Inglaterra á fines del año.

A principios del siguiente volvió á Terra-Nova con Hugo Pallisier, su amigo, y protector, que fué á suce-

der á Graves en el gobierno de esta isla, y de la del Labrador. Exâminó lo interior de esta isla mas despacio que ántes: descubrió en ella varios lagos, cuya posicion señaló en una carta general que aumentó la reputacion que le habian merecido las primeras que habia publicado. Parece que se le hizo hacer este viage con este fin únicamente, pues se volvió á Inglaterra en 1767, y dexó desde entónces de empleársele en el servicio de Terra-Nova en calidad de ingeniero de marina.

A este tiempo se habia ya adquirido unos vastos conocimientos en la astrono-

mía práctica, como puede verse por un escrito que hizo insertar en tomo 57 de las transiciones filosóficas, intitulado: »Observaciones sobre un eclipse de sol, visto en la isla de Terra-Nova el 5 de Agosto de 1766, y sobre la longitud del parage, desde donde se habia observado.« Tambien se vé por las mismas transiciones filosóficas que Cook era tenido entónces por un hábil matemático.

Por mas que los navegantes ingleses se hubiesen distinguido en diferentes tiempos, estaba reservado para el actual reynado el dirigir el espíritu de las empresas y descubrimientos há-

cia el fin mas útil, y con mayor perfeccion. Hecha la paz de 1763, los capitanes Biron, Wallis, y Carteret emprendiéron dos viages al rededor del mundo. Aun no habian vuelto estos dos últimos navegantes, quando se determinó otro tercer viaje, con la mira de extender los conocimientos astronómicos. Se habia calculado que el pasage de Venus sobre el disco del sol sucederia en 1769, y que no habia otro parage desde donde se pudiera observar mejor este fenómeno que en las islas Marquesas, ó en una de las nombradas por Tasman: *Amsterdam*, *Rotterdam*, y *Middlebourg*, mas

conocidas con el nombre de las *islas Amigas*. Siendo este paso de la mayor importancia para la astronomía, la Sociedad real de Lóndres se habia presentado al Rey, pidiéndole que se enviase á una de estas islas un navío, á costa del gobierno, y varias personas capaces de desempeñar el objeto de este viage. S. M. vino en ello, y dió sus respectivas órdenes.

Mr. Dalrymple debia presidir esta expedicion: individuo de la Sociedad real se habia adquirido una grande reputacion por sus investigaciones en la geografia del oceano meridional. Conocia muy bien la marina, donde habia servido con

honor ; pero rehusó partir como no se le diese ántes el mando del navío. El Almirante Hawke , presidente del Almirantazgo , se negó á esto tenazmente , y dixo: que primero se dexaria cortar la mano , que firmar tal despacho. Como habia por una y otra parte la misma tenacidad , hubo que recurrir á otra persona que mandase esta expedicion. El secretario del Almirantazgo nombró á Cook : su recomendacion fué sostenida por el testimonio de Hugo Pallisier que conocia su mérito y sus talentos. Presentado así Cook fué electo Gefe de esta importante empresa ; y el 26 de Mayo de 1768 se le

hizo teniente de navío.

Despues de su nombramiento se encargó á Pallisier la eleccion del navío conveniente para este viage. Aconsejado de Cook, de quien tenia la mas alta idea, escogió uno de los que habia en el Támesis, de porte de 370 toneladas: se le llamó en lo sucesivo el *Endeavour*, (el *Ensayo*.)

El capitan Wallis habia vuelto de su viage al rededor del globo, miéntras se estaban haciendo los preparativos para la expedicion de Cook. Dixo á la Sociedad que en la isla Jorge, que se conoce hoy con el nombre de *Otahiti*: el Puerto-Real era el parage mas con-

veniente para observar el pasage de Venus. Se adoptó su opinion , y se diéron las órdenes para que fuese allí. Se destinó por asociado de Cook en la parte astronómica á Cárlos Green , que habia estado con el Dr. Bradley en el Observatorio real. Tambien le acompañáron el caballero Josef Banks , y los dos hermanos Solander. Aunque este viage tuvo por fin principal la observacion del paso de Venus , Cook fué al mismo tiempo encargado de hacer nuevos descubrimientos en el mar del Sur. La tripulacion constaba de ochenta y quatro personas. Se tomaron víveres para diez y ocho meses , y el *Endeavour*

provisto de quanto podia necesitar , partió de Deptford el 13 de Julio de 1768, descansó en Plymouth el 13 del mes de Agosto, y se hizo á la vela unos quantos dias despues.

El 13 de Septiembre llegado á la isla de la Madera, nuestro navegante, despues de haber tomado provisiones de carne, agua, y vino, prosiguió su ruta. Habiendo advertido (el 7 de Noviembre) que le faltarian algunas provisiones , se dirigió hácia Rio-Jainero, donde se creia ser bien recibido; pero se engañó. No se le negaron las provisiones que necesitaba, en quanto á esto el Virey practicó la costum-

bre de las naciones civilizadas; pero jamas pudo Cook hacerle creer el verdadero objeto de su expedicion.

El 7 de Septiembre el *Endeavour* se volvió á hacer á la vela, y el 14 de Enero de 1769 entró en el estrecho del *Maire*. Al dia siguiente ancló en la bahía del Buen-Suceso, ó de Banks. El Doctor Solander y otros que le acompañaban se vieron expuestos á un accidente bastante extraño. Despues de haber subido casi á gatas á una montaña, para buscar algunas plantas, experimentáron un frio tan grande, que el Doctor estuvo para perecer. Una especie de entumecimiento le privó de

casi todas sus facultades. Dos criados negros que le acompañaban murieron casi repentinamente, y esto en la mitad del estío de aquel clima, y á la caída de una tarde que habia empezado tan templada como el mes de Mayo en Inglaterra.

Despues de haber doblado el cabo de Hornos, y de haber descubierto varias islas, cuya mayor parte creyó habitada, y vió cubiertas de un hermoso verdor, arribó Cook á vista de Otahiti el 11 de Abril de aquel mismo año 69, y el 13 hizo echar áncoras en la bahía de Puerto-Real, que los naturales llaman Matavi. El primer cuidado que fixó su

atencion prueba el juicio y humanidad de nuestro viajero.

Como conocia que debia estar poco tiempo en la isla, y que de su buena armonía con los habitantes dependia la mayor parte de su buen éxito, mandó publicar, y fixar un reglamento de la conducta que deberian observar sus ingleses con los naturales del pais, en que les mandaba que procurasen atraerse su amistad con sus buenos modales: que ningun otro que los nombrados á este efecto, pudiese tratar con los habitantes por lo respectivo al acopio de provisiones, &c.

Despues de haber cum-

plido Cook con el principal objeto de su expedicion, cuyas particularidades pueden leerse en el tomo 61 de las *Transiciones filosóficas*, empezó á pensar en los demas objetos de su viage, con arreglo á las órdenes que habia recibido del almirantazgo.

Habiendo, pues, dispuesto todo lo conveniente para su partida, y tomado á bordo un hijo de aquel pais, llamado *Tupia*, traxo tambien con él un muchacho de trece años, con el fin de que siguiese siempre á los ingleses, y se hizo á la vela en 13 de Julio, despues de tres meses de mansion en aquella isla.

Sería tan inútil como desagradable, que citásemos en este compendio todos los parages que visitó Cook mientras estuvo en este viage. Bastará que hagamos saber á nuestros lectores, que despues de haberse asegurado de que la nueva Zelanda se compone de dos islas, y que despues de haber pasado seis meses en reconocerla, se hizo á la vela para la nueva Holanda, donde echó áncoras en bahía Botánica el 28 de Abril de 1770. Cook recorrió y examinó tambien la mayor parte de las costas de esta dilatada region; y allando quando arrivó á Batavia, adonde dirigió su ruta, que no

podría emprender su vuelta á Europa sin reparar el fondo de su navío, pidió permiso para ello al Gobernador, quien se lo concedió muy gustoso. Antes de que se preparára el buque, la influencia de un clima tan mal sano se hizo sentir cruelmente en su gente: Mr. Banks, y el Doctor Solander fuéron acometidos de terribles fiebres, que se extendiéron á casi todos los demas. Lo que es bastante raro, es que un velero, de edad de ochenta años, que desde que llegó á Batavia estuvo casi siempre borracho, fué el único que no tuvo la menor novedad en su salud. Por último, la tri-

pulacion perdió tres marineros, el criado de Mr. Green, el cirujano, *Tupia*, y el muchacho *Tayeto* su compañero. La muerte del isleño *Tupia* no debe atribuirse enteramente al clima. Acostumbrado á no sustentarse mas que con vegetales, prontamente le asaltaron las indisposiciones á que estan sujetos los marinos, y probablemente hubiera perecido del mismo modo, aunque no hubiera entrado en Batavia.

El 22 de Diciembre se hizo á la vela, y habiendo tomado en la isla del Príncipe agua y otras provisiones, se dirigió hácia el Cabo de Buena-Esperanza; pero

antes de arribar se renovó con mas fuerza la fiebre contagiosa, cogida en Batavia, y toda la tripulacion estuvo en la mas deplorable situacion. Mr. Banks estuvo á la últimos, eran tan violentas las calenturas, que en seis semanas consecutivas, apénas hubo noche que no se arrojáran al mar algunos muertos. De este número fuéron Sporing; uno de los asistentes de Mr. Banks; Parkinson, pintor de historia natural; el astrónomo Green; el contramaestre; el carpintero y su segundo; dos guardias marinas; el viejo *velero*, que fué tan valiente en Batavia; su segundo, el cocinero, el cabo, dos car-

pinteros y nueve marineros. La pérdida fué de veinte y tres personas, ademas de los siete que murieron en Batavia.

El 15 de Marzo de 1771 arribo el *Endeavour* al Cabo de Buena-Esperanza, donde se mantuvo Cook para restablecer sus enfermos y su navío hasta el 14 de Abril. De aquí volvió á hacerse á la vela, tocó en Santa Helena, y entró en las Dunas el 12 del siguiente Junio.

CAPITULO XXI.

Descubrimientos principales del capitan Cook en su segundo viage.

A poco tiempo de estar el *Endeavour* de vuelta en Inglaterra, se determinó equipar otros dos navíos para ir á hacer algunos descubrimientos en el emisferio meridional. La *Resolucion*, y la *Aventura* fuéron los destinados á esto. A Cook se le dió el mando del primero, y al capitan Tobías Furneaux el del segundo; salieron de Plimouth el 13 de Julio de 1772, y el 20 del

Tomo V. L

mismo mes tocáron en la isla de la Madera, desde allí pasáron al Cabo de Buena-Esperanza; y en el Febrero de 1773 arribáron á la Nueva-Zelanda, despues de haber buscado inútilmente un continente meridional. La *Resolucion*, y la *Aventura* se separáron en este mes por una niebla muy espesa; pero lograron volver á juntarse el 18 del mes de Mayo en el estrecho de la Reyna Carlota. Habiendo llegado á Otahiti en el de Agosto, descubriéron en Septiembre las islas Hervey. El 2 de Octubre tocáron en Midelburgh, una de las islas de los Amigos; y á últimos del mismo mes se separáron

los dos navíos, y no pudieron ya volver á juntarse.

A pesar de este incidente, el capitán Cook insistió en su designio de descubrir las tierras que pudiese haber hácia el polo antártico; pero fué detenido por los hielos: es decir, que llegó hasta los últimos límites del oceano: avanzándose del uno al otro polo, concluyó su curso en donde la naturaleza ha puesto unas barreras impenetrables; donde sobre un fondo inmenso de hielo se empinan unas terribles montañas que amenazan y obscurecen los cielos. Entónces dirigió hácia las islas del este, adonde llegó en Marzo de 1774, y en

el mismo mes visitó las islas Marquesas. Descubrió otras quatro islas, á las que puso el nombre de *Pallisier*, y luego se hizo á la vela para la de Otahiti, á la que arrivó el 22 de Abril. Después de haber permanecido allí algunas semanas, se pasó á las nuevas Hebridas, que habia reconocido en parte en su primer viage. Desde allí, dirigiendo por algunos dias hácia el medio-día, descubrió la nueva Calidonia.

Habiendo recorrido y exâminado la costa de esta isla hácia el sur-oeste se encaminó á la nueva Zelanda para que su tripulacion descansára, y para poner su na-

vío en estado de sostener los peligros que se encuentran en la navegacion de los altos mares meridionales.

Despues de haber dexado la nueva Zelanda, penetró hácia el este, y el mediodia, y hasta los 55 grados, 6 minutos de latitud meridional, hasta los 138 grados, 36 minutos de longitud occidental, sin encontrar ningun continente. Desesperando ya entónces de poder hallarle en este oceano, dirigió su rumbo hácia el estrecho de Magallanes, con ánimo de reconocer toda la costa meridional de la tierra del Fuego. En cuya consecuencia teniéndose á la latitud de unos 53 á 55 gra-

dos , y dirigiendo casi al este , arribo á la altura de la embocadura occidental de los estrechos de Magallanes, sin encontrar cosa digna de nota en su nueva ruta.

En Enero de 1775 descubrió una isla grande y árida , á la que puso el nombre de Georgia meridional. Despues descubrió diferentes promontorios y costas escarpadas y cubiertas de nieve. Dió el nombre de *Thule meridional* á la parte de las costas que mas se extendian hácia el sur, como siendo la tierra mas inmediata que se hubiese descubierto en la direccion de este polo.

Tambien descubrió por

el mes de Febrero la isla Sanwich, y otras varias cubiertas de nieve: dió despues la vuelta por el Cabo de Buena-Esperanza, desde donde pasó á Inglaterra, y llegó á ella el 13 de Julio de 1775.

Su compañero de viage, el capitan Furneaux, que montaba el *Aventura*, hacia dos años que estaba ya allí de vuelta, sin haber hecho ningun descubrimiento notable. Los salvages de la nueva Zelanda le habian muerto y comido diez hombres que habian saltado á tierra. De modo que esta expedicion subministra la prueba mas evidente de que hay antropóphagos. Por desgra-

cia se ven otras muchas en esta obra.

El resultado del viage del capitan Cook sobre la *Resolucion* fué, que no puede quedar la menor duda sobre que no exîsta un continente meridional, á ménos que no esté hácia el polo, cuyos hielos impiden absolutamente á los navegantes aproximarse. En este viage de 3 años y 18 dias no perdió el capitan Cook mas que un solo hombre de los 118 que llevaba; lo que prueba su humanidad, y lo que cuidaba de su salud.

CAPITULO XXII.

*Muerte del capitan Cook.
Su carácter.*

La cuestión relativa á la existencia de un continente meridional ya estaba decidida ; pero aun faltaba por decidir otro objeto muy importante ; á saber , si el paso del norte al mar pacífico era ó no practicable.

Los navegantes , y particularmente los ingleses , tenían el proyecto de descubrir un tránsito para las indias orientales mas corto y cómodo que el del Cabo de Buena-Esperanza. Estos y

los holandeses habian intentado varias veces buscarle, pero en vano ; de modo que perdiéron de vista este objeto por algunos años. Mr. Dobbs lo renovó á principios del siglo pasado , y el gobierno envió allá á este fin al capitan Middleton en 1741, y á los capitanes Smith , y Moor en 1746. El Parlamento habia ofrecido una recompensa de veinte mil libras esterlinas para el que verificase este tránsito ; á pesar de este cebo nada se adelantó.

Se guardaba para la gloria de Cook el determinar si este objeto de tanta importancia para la navegacion y la geografía sería po-

sible. El primer Lord del Almirantazgo adoptó esta idea con el mas vivo calor, y se resolvió que se hiciese aun otro viage. La empresa exígia valor y talento, y por esta parte á nadie le convenia como al capitan Cook; sin embargo, ninguno de sus amigos, ni aun el mismo Lord Sandwich, pensáron en proponérselo. Habia ya hecho tanto por las ciencias y la navegacion, y se habia expuesto á tantos peligros de toda especie, que todos temian proceder con injusticia, rogándole que se expusiera á nuevos riesgos. Sin embargo, se le consultó acerca de la persona que creyese él mas capaz para

dirigir esta empresa, y para resolver este punto, Lord Sandwich le convidó á comer á su casa con los capitanes Pallisier, y Stephens. Estando en la conversacion sobre este particular, enervorizado Cook se puso en pie de repente, y dió una palmada sobre la mesa, ofreciéndose á encargarse él mismo de la empresa. ¡Qué proposicion podria oirse con mas gusto! inmediatamente Lord Sandwich se lo dixo así al Rey, y el 10 de Febrero de 1776 se nombró á Cook por gefe de la empresa.

Hecho este nombramiento se miró tambien como un objeto de la mayor impor-

tancia la direccion que se deberia tener para sacar fruto de este viage. Todos los navegantes, dando la vuelta al mundo, habian venido por el Cabo de Buena-Esperanza; pero se encargó á Cook hiciese lo mismo, dirigiéndose en las latitudes septentrionales por entre el Asia y América; plan que él mismo habia sugerido. Con que se encargó de recorrer el oceano pacífico, atrevesar la cordillera de islas que él habia ya visitado de la una y la otra parte del Trópico de mediodia, y desde allí, si era posible, entrarse en el mar Atlántico.

Destinó el gobierno para esta expedicion dos navíos:

la *Resolucion*, y la *Descubierta*. Cook tomó el mando del primero, y Clerk, que le habia acompañado en su último viage de teniente segundo, obtuvo la *Descubierta*, con el grado de capitán. El Almirantazgo equipó estos dos navíos con hombres, oficiales, y demas objetos útiles ó necesarios, segun habia hecho con los otros dos del viage anterior, principalmente con todo lo que podia preservar la salud de los marineros. Y porque los ingleses habian sido bien recibidos de los habitantes de Otahiti, y de otras islas meridionales, les envió el Rey un buen número de animales y semillas de jardinería.

El Almirantazgo añadió á todo esto diferentes cosas de comercio para incitar los pueblos de aquel hemisferio á que se uniesen con los ingleses para un comercio recíproco. La tripulacion de los dos navíos fué provista de vestidos apropósito para suavizar el rigor de los climas frios que debian recorrer y no faltó cosa alguna de las que pudiesen contribuir á minorar las fatigas de nuestros navegantes, ó á hacer su situacion mas llevadera.

El capitan Cook habiendo atravesado el mar glacial en sus diferentes direcciones, y experimentado infinitos obstáculos á últimos de 1778, pensó que sería

locura el intentar la investigación del tránsito al mar Atlántico ántes del estío siguiente : pensó pues en un parage en que pudiese invernar, y proveerse de agua y leña. Las islas Sandwich le ofrecian esta proporcion, y dirigió su ruta hácia allí.

Esta expedicion, aunque llena de muchos obstáculos y peligros, no habia sufrido ningun desastre particular, y Cook tenia sin duda la lisonjera esperanza de ser mas dichoso en sus investigaciones al verano siguiente ; pero estaba muy distante de pensar que las islas Sandwich, que él consideraba como el descubrimiento mas importante que

habian hecho los europeos en el mar pacífico, le habian de ser tan funestas, y que pereceria en ellas asesinado por la mano de un bárbaro. A un buen corazon le es muy doloroso el tener que contar un acaecimiento de esta naturaleza; mucho mas si considera que el desgraciado Cook murió víctima de su propia humanidad.

En su primer viage habia observado que cinco de las islas que forman este archipiélago estaban situadas entre los 20 grados, 30 minutos; y los 22 grados, 15 minutos de latitud norte; y entre los 119 grados, 20 minutos, y los 201 grados, 30

minutos de longitud oriental : estas islas se llaman *Woahou*, *Atoui*, *Orion*, *Orihoai*, y *Tahourai*. Pero quando volvió hácia el mediodia para invernar, descubrió otra el 26 de Noviembre á los 22 grados, 55 minutos de latitud, llamada *Maoui*; y el 13 otra, que llaman sus naturales la isla de *Owhyhee*. Como parece ser esta mucho mayor, y mas importante que qualquiera de las otras, gastó nuestro navegante cerca de siete semanas en rodearla, para exâminar bien sus costas. Miétras que se ocupaba en esto, los habitantes venian en sus canoas, y en crecido número á negociar

con la gente de la tripulación. En todas estas ocasiones su conducta abierta y franca excluía toda sospecha; tanto, que los mismos vecinos de Otahiti, con quienes los ingleses habían formado una correspondencia muy estrecha, no inspiraban una confianza mas bien fundada.

El 17 de Enero anclaron nuestros navegantes en la bahía de *Karakakoua*, situada al oeste de la isla de *Owhyhee*, internándose como á la distancia de una milla. Está terminada por dos puntas de tierra. Hay al norte de esta bahía un pueblo llamado *Kowrowa*, y al cabo de ella una villa mucho

mayor , junto á un magnífico bosque de cacaoteros.

Miéntras que el capitán Cook permaneció en esta bahía , le diéron los isleños las mayores pruebas de amistad , y le manifestaban quererle servir en todo. Muchos de sus Gefes le visitáron, y luego que baxó á tierra se le recibió con unas ceremonias tan extraordinarias , que tocaban en adoracion. Tambien tuvo una conferencia con Terreeoboo, Rey de la isla , quien pasó á bordo de la *Resolucion*, donde se le obsequió con generosidad y respeto. Había dado á Cook un manto de plumas , y este le regaló una camisa , y le ciñó la

espada que él mismo usaba : en fin por todo el tiempo que se trataron los naturales con los ingleses hubo tal armonía y amistad entre ellos , que era imposible á los navegantes concebir la menor sospecha , ni pensar en el menor riesgo de perfidia. Sin embargo, los isleños empezaron á informarse con mucho cuidado del tiempo de su marcha; pero estas preguntas como que no tenían nada de extraño , porque en los diez y seis dias que los ingleses habian estado en el puerto de Karakakoua , habian hecho un consumo enorme de cerdos y vegetales. Con que fué muy natural el atribuir

este cuidado de los isleños á la intencion de proveer se de víveres para abastecer á sus huéspedes quando partiesen. El Rey mismo que habia oido hablar de su viage, habia publicado bando por todos sus pueblos, exhortándolos á que conduxesen sus puercos y vegetales á las orillas del mar, para que él pudiese presentárselos á Orano ántes de que marchase : Orano era el título de honor que él habia dado á Cook. Por otro lado la aficion de este pueblo á los ingleses estaba muy probada, y aun lo fué mas por este hecho del Rey con Cook. Estando en la creencia de que el jóven Mr. King

era su hijo, vino el Soberano á rogarle que se le dexase en su compañía como una prueba de su amistad, y de que volveria por allí.

El 4 de Febrero salió Cook de la bahía, con la intencion de acabar de recorrer la isla, y de buscar en las otras una rada muy segura para sus buques; pero despues de algunos dias de navegacion, un recio viento, habiendo destrozado el palo de mesana, le obligó á volverse á la bahía para repararle. Por las relaciones que expresan la muerte de Cook, no puede sacarse una prueba cierta de que su vuelta disgustase á los isleños. El capitan King, si

que dice : «luego que echá-
mos áncoras nos admiró el
recibimiento que nos tu-
viéron, muy diferente del
primero.» Pero Mr. Sanwell,
digno del mayor crédito, ase-
gura que nada vió él que
pudiese hacer creer que ha-
bia la menor mutacion en
las disposiciones de los ha-
bitantes. Sea como quiera,
lo cierto es que algunos ro-
billos de estos, y ciertos es-
fuerzos de parte de los in-
gleses para recobrar lo hur-
tado y castigarlos, fuéron
los preludios que atraxéron
el desgraciado dia, que pri-
vó á la Inglaterra y á todo
el mundo de su mas céle-
bre navegante.

Parece que estos pue-

bles, igualmente que todos los salvages, son muy inclinados al robo. Uno de los isleños habiendo sido cogido robando las tenacillas de un armero, fué echado del navío, despues de haberle sacudido algunos latigazos. Este exemplo no contuvo á otro, que habiendo pillado las mismas tenazas y un par de tixeras, se tiró con ellas al agua, y ganó la costa á nado. El maestro y el guardia marina le persiguiéron en un pequeño cutter; los indios le metiéron en una de sus canóas, y se escondiéron con él, habiéndoles tirado algunos fusilazos. Pareah, uno de sus gefes, volvió á traer las cosas robadas;

Tom. V.

M

pero á su vuelta encontró la pinaza de la *Resolucion* con cinco hombres: estos insistieron en que se les habia de entregar el ladron ó la canoa que le recogió. Siguióse de aquí una contienda en que los ingleses fuéron muy bien apedreados; pero interpuso Pareah su autoridad, y todo se sosegó. No tardó en volver la discordia con mas fuerza, á causa de otro robo de mayor importancia.

Los isleños, fiados en la obscuridad de la noche, tuvieron medio para tomar el cutter grande de la *Descubierta* que estaba sobre las áncoras. El capitan Clerk se lo avisó á Cook, y le dió orden de pasar con el cutter

pequeño, al mando del segundo teniente, al este de la bahía, y de interceptar todas las canoas que pudiese coger; y aun de hacer fuego, si se veía en tal precisión. Lo mismo se mandó al tercer teniente, que debía ir con el cutter pequeño de la *Resolucion* á la parte opuesta de la bahía; y el maestro pasó al cutter mayor para dar caza á una canoa grande de velas.

En todas las islas meridionales que Cook habia recorrido, quando se le hacia algun robo de consecuencia, habia guardado la costumbre de apoderarse del Rey, ó de algunos de los principales *Ereos*; y rete-

nerselos hasta que se le devolvía lo hurtado. En la presente ocasion quiso hacer lo mismo. Para esto salió del navío, como á eso de las siete, acompañado del teniente de marina, de un sargento, un cabo, y de siete fusileros: la tripulacion de la pinaza se puso tambien sobre las armas al mando de Robert. Como ellos remaban hácia la costa, Cook llamó al cutter para que viniese hácia él, el qual se habia entrado en la punta occidental de la bahía, á fin de reforzar el que él mandaba: señal clara de que preveia que iba á encontrar resistencia, y que queria defenderse, y defender su gen-

te. Apénas echó el pie á tierra, le rodearon los isleños, se postráron delante de él y repitiéron las mismas señales de respeto que anteriormente; sin duda porque ignoraban el ánimo con que iba, y le ofrecian provisiones, creyéndose que este era el motivo porque habia pasado allí. Al punto que vió al rey, que por su propia voluntad venia á su encuentro, le cogió Cook por la mano y le convidó amistosamente á que pasase á su bordo, en lo que consintió el rey gustoso. Hasta entónces parecia que todo iba bien; pero esta apariencia no duró mucho.

Todos los isleños se ar-

máron con lanzas largas, garrotes y puñales, y se pusieron su cota de armas. Estos movimientos hostiles fueron en aumento, y se hicieron formidables con la llegada de dos indios, que acababan de saltar de una canóa, esparciendo la noticia de que uno de sus gefes habia sido muerto por el cutter de la *Descubierta*. El capitan que se hallaba rodeado de una multitud de ellos, conociendo el peligro á que estaba expuesto, mandó al teniente de marina, que abriese paso, para ponerse á bordo de los buques que le estaban esperando á algunas toesas de la playa. Los indios no tuvieron difi-

cultad en dexar el paso libre. Habria quando mas sesenta toesas de trecho, que andar; Cook iba llevando al Rey de la mano, seguido de su muger, sus dos hijos, y varios gefes. No hubo hasta entónces la menor repugnancia. Quando estuviéron cerca de la pinaza, entró en ella al punto el hijo del rey, creyendo que iba á entrar su padre; pero apénas puso los pies en la playa, quando su muger abrazándole, ayudada de dos gefes, le obligó á que se sentase sobre una gran canóa. El capitan Cook les afeó su conducta; pero no dexáron al rey dar ya otro paso, diciéndole que le matarian, si

entraba en el barco.

Como se echó de ver que uno de los gefes se acercaba disimuladamente con un puñal escondido, y que otro habia ya luchado con un sargento de marina para arrancarle el fusil de las manos ; viendo tambien Cook que el tumulto tomaba aumento, y que los indios se hacian mas audaces, conoció que no podia llevarse al rey sin exponerse él y su gente ; por lo que resolvió mantenerse sobre la defensiva, y embarcar con seguridad su poca tropa, que estaba ya rodeada de millares de indios que la acometian. El mismo capitán se vió obligado por

defenderse, á disparar á un indio que procuraba herirle con su lanza; pero habiéndole herrado, mató á otro de los mas atrevidos del tumulto. El sargento le advirtió su error, y fué mandado que le reparase; por lo que le derribó al punto disparando contra él. La furia de los isleños se paró entónces un poco: el susto los hizo retirarse con desórden; pero animados prontamente por los que habia detras de ellos, y cuyo tropel se aumentaba por momentos, recargáron con mas fuerza, é hiciéron llover una descarga de piedras sobre los ingleses, quienes sin esperar la órden, corres-

pondiéron con otra general de fusilería, á la que se siguió la de los buques.

Por ciertos ademanes que hizo el capitán Cook, se conoció que habia extrañado esto. Alargó su brazo hácia los navíos, les hizo dexar el fuego, y que se acercáran para recogerle con los suyos. Quanto despues pasó, no fué ya mas que una escena de confusion. Luego que los marinos hicieron fuego, se arrojárou sobre ellos los indios, y los persiguieron hasta el mar, donde mataron quatro. El teniente fué herido, pero tuvo la fortuna de poder escapar de ellos, y se recogió á la pinaza. El capitán Cook

fué el único que habia en la playa. Se le vió hacer señas á la pinaza para que abanzára hácia él, teniendo puesta su mano izquierda en la nuca para preservarse de las piedras, y su fusil debaxo del otro brazo. Un indio que le habia perseguido, aunque con precaucion y miedo, por último se tiró á él sin ser visto, y habiéndole descargado por detras un fuerte golpe con una maza en la cabeza, echó á correr (1). Cook se creyó acogotado de este golpe; dió

(1) La relacion que aquí copiamos es la de Mr. Sanwell, escrita con exâctitud y cuidado; pero otros dicen que el primer golpe fué una puñalada.

algunos pasos bamboleándose, y cayó sobre una mano y su rodilla, soltando ya el fusil. Hizo esfuerzos para levantarse; pero antes de ponerse en pie, le dió otro indio una puñalada en la nuca. Entónces cayó en el agua, que le llegaba á las rodillas. Allí los indios le pisoteáron y le sumergian al hondo, sin dexarle que se incorporase. Aun así, sacó su cabeza, y mirando á la pinaza, parecia que imploraba su socorro. Este barco, no distaba de él mas que unas seis toesas; pero el desórden y la confusion, no permitió á la tripulacion que le salvase. Un indio pudo meterle en agua mas pro-

funda. Sin embargo, todavía tuvo valor y fuerza para alzar la cabeza; y sintiéndose fatigado de esta lucha tan desigual, procuró volverse á un peñasco para apoyarse en el, quando otro salvaje le dió con su maza y le acabó de quitar la vida. Arrastraron su cadáver por aquellos peñascales, disputándose entre ellos el bárbaro placer de ultrajarle, y quitándose de las manos el puñal para clavarle en esta víctima, insensible ya al rigor de su furiosa rabia (1).

(1) Sucedió este desgraciado accidente el día 14 de Febrero de 1779. No pudo recogerse el cadáver del capitán Cook; pero se consiguió después alguna porción de sus huesos.

Así murió á los cincuenta y un años de su edad este grande hombre , tan distinguido por sus sobresalientes talentos para la navegacion, como por su constancia heróyca, y por la firmeza de su alma. Baxo qualquiera aspecto que se le considere, se hallará en él un justo motivo de admiracion. Nacido con un entendimiento muy elevado, tenia tambien un espíritu penetrante y activo; constante en sus empresas y paciente, ó sufrido en sus trabajos, oponia una tenaz resistencia á los obstáculos, y sabía despreciar los peligros mas extraordinarios. Aunque era muy escrupuloso observa-

dor de la disciplina, jamás se separaron de él la suavidad, la justicia y la humanidad. Como tenía á sus subalternos un afecto casi paternal, le obedecían no tanto por temor, como por inclinación y reonomiento. Era de una constitucion robusta que sabía él conservar por su modo frugal de vivir. Modesto y reservado en el trato de gentes comunes; pero en el de sus conocidos vivo, sensible y alegre. Tenía una estatura de cerca de seis pies, y una fisonomía agradable. En su modo de vestir era sencillo, como en todo su porte. Tenía la cabeza pequeña, los cabellos de un castaño obs-

curo ; el rostro lleno de expresion, la nariz muy bien formada , los ojos pequeños y negros, vivos, perspicaces, y con unos parpados sobresalientes , lo qual daba á su persona cierto ayre de austeridad.

INDICE

DE LOS CAPITULOS

*contenidos en este segundo
tomo.*

- CAP. I. *V*iage de Juan
Francisco Gemelli. Pág. 1.
- CAP. II. *De Ispahan,*
y de las ruinas del
palacio de Dario. 3.
- CAP. III. *Viage del ca-*
pitan Rogers. Des-

- cripcion del Brasil y del rio de las Amazonas.* 14.
- CAP. IV. *Historia de Alexandro Selkirk.* 29.
- CAP. V. *De México, del Perú, de Chile. Trabajos de las minas de oro y de plata.* 33.
- CAP. VI. *Viage del profesor Kalm.* 49.
- CAP. VII. *Particularidades de este viage, sobre la culebra negra, y la rana mujidora de América.* 55.
- CAP. VIII. *Costas de los Patagones. Naufragio del navio de guerra el Wager, y tra-*

bajos del capitán Biron.

66.

CAP. IX. *Extremado apuro á que llegan.*

Se comen el perro favorito de Biron.

102.

CAP. X. *Partida de la isla de Wager. Terribles peligros.*

118.

CAP. XI. *Encuentro de un cacique indio.*

Arribo de Biron y sus compañeros á la isla de Chilca.

139.

CAP. XII. *De Santiago, capital de Chile.*

161.

CAP. XIII. *Vuelta de Biron á Inglaterra.*

167.

CAP. XIV. *Particularidades de los Pata-*

- gonas , extractadas del viage del capitán Wallis.* 174.
- CAP. XV. *Descubrimientos del capitán Wallis.* 181.
- CAP. XVI. *Descubrimientos del capitán Carteret.* 188.
- CAP. XVII. *Particularidades de las islas Maluinas, ó de Falkland, por el capitán Bougenville.* 185.
- CAP. XVIII. *De Batavia.* 191.
- CAP. XIX. *Del comercio de Batavia.* 205.
- CAP. XX. *Del capitán Cook.* 206.
- CAP. XXI. *Descubrimientos principales*



281

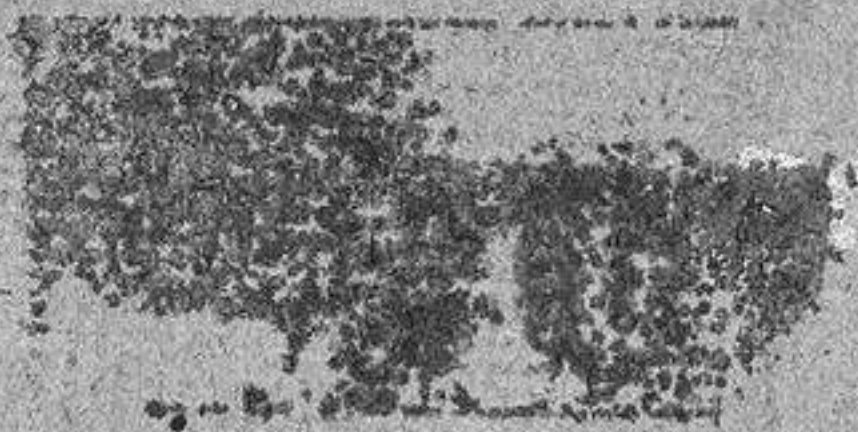
*del capitan Cook en
su segundo viage.*

237.

CAP. XXII. *Muerte del
capitan Cook. Su ca-
rácter.*

245.





BIBLIOTECA
DE LAS
D A M A S.

Tom. 5